

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

LA BRUJA

ZARZUELA

en tres actos, en prosa y verso, original

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

SÉPTIMA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24
1929

LA BRUJA

LA BRUJA

ZARZUELA

en tres actos, en prosa y verso

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

---

estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 10 de diciembre de 1887.

SÉPTIMA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE "LA ENSEÑANZA"
CALLE DE RUIZ, 23
1929

A Pablo Sarasate,

orgullo de Navarra, gloria de España
y admiración de Europa.

Dedica esta obra su amigo afmo.,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA BRUJA	Srta.	Soler Di-Franco.
ROSALÍA		González (E.)
MAGDALENA	Sra.	Guerra.
SUPERIORA		Bardán.
INÉS	Srta.	Vega.
CÁNDIDA		Acebes.
ANA	Sra.	Sierra.
VALENTINA		Fernández.
LEONARDO	Sr.	Berges.
TOMILLO		Guerra.
INQUISIDOR		Soler.
CURA		Loitia.
OFICIAL 1.º		Rodríguez.
IDEM 2.º		Bellver.
IDEM 3.º		García (L).
UN SOLDADO		Valle.
ALDEANO 1.º		Peral.
IDEM 2.º		Beut.
IDEM 3.º		Asensio.
IDEM 4.º		Romero.

Aldeanos y aldeanas, jugadores roncaleses y vizcaínos, esbirros, arcabuceros, religiosos, educandas, bandas de guitarras y bandurrias, tambores y cornetas, coro general y acompañamiento.

La acción de esta zarzuela se supone en los tres últimos años del siglo XVII. Los actos 1.º y 2.º en el Valle del Roncal, el 3.º en Pamplona.

La obra ha sido dirigida y puesta en escena por D. Miguel Soler.

Se han estrenado cinco decoraciones pintadas por los señores Busato, Bonardi y Amalio.

Los figurines han sido dibujados por D. Luis Taberner.

El vestuario construído por el Sr. Villa.

Director de orquesta: Maestro Jiménez.

ACTO PRIMERO

Cocina de una casa de pueblo en Navarra. A la derecha, ocupando todo el ángulo y con una campana muy volada que llega casi hasta el primer término de la decoración, el hogar anchísimo en que arden carrascos y troncos de robles esparciendo viva claridad. Puerta grande y ventana al foro. Puertas laterales en primer término. Es de noche, y luce un candil suspendido de la campana de la chimenea.

ESCENA PRIMERA

Mujeres jóvenes y viejas delante del hogar dando la espalda al público e iluminadas por la lumbre, hilan acompasadamente, sentadas en taburetes de nogal. Entre ellas están ROSALÍA Y MAGDALENA entregadas a la misma labor. A la izquierda, sentados alrededor de una mesa, juegan a las cartas EL CURA, TOMILLO y HOMBRES 1.º y 2.º. Les rodea el coro de hombres del pueblo, que de pie ve jugar y bebe del jarro que pasa de mano en mano cuando el diálogo lo indica.

Música.

MUJERES Al amor de la lumbre
que nos presta calor
la velada pasemos
en la gracia de Dios.
Ya la blanca guedeja
de sedoso vellón,
en finísimos hilos
nuestra mano cambió.

Hilemos todas
el copo suave
y dando vueltas
el huso baile,
que entretenidas
con la labor,
las horas corren
mucho mejor.

HOMBRES Teniendo el jarro lleno,
jugando cuatro al mus,
la noche alegre pasa
en un decir Jesús.

UNOS En tanto que estos juegan
bebamos los demás.

OTROS No echarse tan encima,
hacerse un poco atrás.

(Abrese el grupo que rodea a los jugadores de modo que el público los vea.)

TOM. Ahora verás, ahora verás.

CORO *Hacerse* un poco atrás.

(Todo lo que sigue es hablado, con la rapidez que lo hacen los que juegan al mus.)

TOM. Mus.
HOMB. 1.º Mus.
HOMB. 2.º Mus.
CURA No hay mus.
TOM. Paso.
HOMB. 1.º Paso.
HOMB. 2.º Paso.
CURA Envido la chica.
TOM. Quiero. Pares tengo.
HOMB. 1.º No.
HOMB. 2.º No.
CURA Sí. Envido.
TOM. Siete.
CURA Me achicó.
TOM. Tengo juego.
HOMB. 1.º Yo no.
HOMB. 2.º Yo no.
CURA Yo sí.
TOM. Ordago.
CURA No puedo.
TOM. Una porque no.

CORO *(Acercándose con interés.)*
El juego ha sido fuerte,
veamos el tanteo;
de fijo que es Tomillo
quien ha ganado el juego. *(Viendo las cartas.)*

TOM. La grande pasada. *(Hablado.)*

HOMB. 2.º Dos de chica y tres de duples cinco.

CURA *(Dándole un tanteo que vale cinco.)*
Amarraco limpio.

TOM. Pues yo de juego gano dos.
¡Estoy de suerte como hay Dios!

CORO Teniendo el jarro lleno,
jugando cuatro al mus,
la noche alegre pasa
en un decir Jesús.

(Continúan jugando, mientras las mujeres cantan la estrofa siguiente.)

MUJERES Al volver de los campos,
cuando el día se va,
con la luz de la llama
nos alumbra el hogar.
Demos gracias al cielo
que en invierno nos da
secos troncos de roble
y blanquísimo pan.

—

De la alta rueca
bajando el copo,
se forma el hilo
poquito a poco.
Seguid, muchachas,
sin descansar,
que aquí el descanso
es trabajar.

TOM. Los veinte tantos ya saqué;
también en ésta les gané.

(Dando un puñetazo sobre la mesa con alegría.)

CURA Basta ya de vino y juego, *(Levantándose.)*
y dejad las ruecas luego.

(Levantándose todos; las mujeres dejan la rueca en un rincón.)

Como siempre la más vieja
que nos cuente una conseja.

Ros. ¿Una vieja? No. ¿Por qué?
Yo también contarlas sé.
Coro Que la cuente Rosalía.
Mag. Anda, hija mía.
Ros. Sí que lo haré.
Formad la rueda
y oído atento;
mucho cuidado
que va de cuento.
Todos Pongamos todos
oído atento;
silencio, amigos,
que va de cuento
Ros. Contaré el del moro *(Aparte a Tomillo.)*
ponte aquí detrás:
si algo se me olvida
tú me apuntarás.
Tom. Anda ya sin miedo
y empezando vé;
si algo se te olvida,
yo te apuntaré.

(Les rodean todos menos el Cura, que se sienta en el sillón junto a la mesa. Los demás personajes demuestran vivo interés durante la relación, entusiasmándose a medida que avanza.)

Ros. Pues señor, este era un rey,
un rey moro de Granada,
que tenía una hija moza,
que Zulima se llamaba.
Ocultábala su padre
en la torre de la Alhambra,
temeroso de que un día
un cristiano la robara.
Mas de estar siempre a la sombra
enfermó de cuerpo y alma,
y volviéronse azucenas
las dos rosas de su cara.
Coro Y volviéronse azucenas
las dos rosas de su cara.
Ros. Cuidadoso el rey, su padre,
ordenó, para animarla,
grandes fiestas de torneos
y de toros y de zambras.

Un cristiano que lo supo
quiso allí medir sus armas,
y vistiéndose de moro
penetró por Biba-rambla.
Sale audaz a la palestra,
y al empuje de su lanza,
ruedan moros por el suelo
como en campo de batalla.

CORO — Ruedan moros por el suelo
como en campo de batalla.

ROS. — Sale un toro, y el cristiano
del primer rejón le mata,
y con vítores le atruenan,
y por vencedor le aclaman.
Era el premio, rica joya
de rubíes y de plata
que Zulima del turbante,
se quitó para entregarla.
Para recibir el premio
el cristiano se adelanta,
y Zulima, al ver su rostro,
de él se queda muy prendada.

CORO — Y Zulima, al ver su rostro,
de él se queda muy prendada.

ROS. — Ocasión de hablar a solas
ella busca y al fin halla;
mas sorpréndela el cristiano
al decir estas palabras:
"Hay un medio, linda mora,
de que yo te dé mi alma;
hay un medio solamente,
que es haciéndote cristiana."
El rey moro los descubre
cuando platicando estaban,
y en mazmorra obscura y triste
los sepulta sin tardanza.

CORO — Y en mazmorra obscura y triste
los sepulta sin tardanza.

ROS. — El cristiano, que los salve
pídele a la Virgen Santa,
y la Virgen milagrosa
les dejó salida franca.
Los amantes van huyendo,

van huyendo de Granada,
él, en su caballo blanco,
y a la grupa ella montada.
Muchos moros van tras ellos,
ya se alejan, ya se escapan.

CORO — Ya se alejan, ya se escapan.

ROS. — ¡Mas los moros, bien montados,
les persiguen, les alcanzan...

CORO — ¡Les persiguen, les alcanzan...

ROS. — ¡De repente, ¡oh, maravilla!
al caballo nacen alas,
y se pierde por los aires
la pareja enamorada.

CORO — Y se pierde por los aires
la pareja enamorada.

ROS. — ¡Mudos quedan los infieles,
que el milagro les espanta,
y Zulima y el mancebo
llegan a tierra cristiana.
Y bautizan a la mora,
que con el cristiano casa,
¡y por el amor bendito,
el demonio pierde un alma!

CORO — ¡Y por el amor bendito,
el demonio pierde un alma!

ROS. — Y colorín, colorín, colorao,
este cuento se ha acabao.

TODOS — ¡Ah, qué poco, qué poco ha durao!
¡Colorín, colorao,
este cuento se ha acabao!
¡Colorín, colorao,
colorín, colorao!

Hablado.

TOM. — ¡Y muy bien que lo ha contao! Pero a todos esos romances y cuentos, prefiero yo una conseja de duendes y aparecidos y brujas y ánimas del otro mundo. Eso sí que me gusta.

CURA — ¡Duendes y aparecidos!... Ya sabes, Tomillo, que la doctrina prohibe creer en tales cosas.

TOM. — Ya lo sé, señor cura; pero aunque la dotrina lo mande, cuando uno lo ve...

CURA — ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué has visto tú, mastuerzo?

TOM. ¡ No he visto ná, como quien dice ná ! *(Con ironía.)*
CURA Pues entonces...
TOM. ¡Si no ha de creer uno lo que ve con sus propios ojos!...
MAG. Dí, ¿qué es lo que has visto?
TOM. ¡La bruja!
TODOS ¡Eh!
TOM. Así, como suena.
CURA No le hagáis caso.
MAG. ¿Pero dónde?
ROS. ¿Cómo?
HOMB. 1.° ¿Cuándo?
TOM. Hoy mismo.
CURA Ea, basta; te prohibo hablar de semejante asunto.
TOM. Pues... punto en boca.
HOMB. 1.° Señor Cura, que nos lo cuente.
ROS. No lo creeremos, pero que nos diga lo que ha visto.
TODOS ¡Que lo diga, que lo diga!
MAG. Lo oiremos como se oye un cuento.
UNOS Eso es.
CURA Está bien: refiérenos esa conseja que tú has soñado.
TOM. ¿Soñar, eh? Pues, señor... *(Pausa.)* Pues, señor... como íbamos diciendo...
MAG. Pero si no íbamos diciendo ná.
TOM. Bien, pero se dice así. Pues, señor, hoy volvía yo del campo con mis ovejas, y como me había entretenido y ya era tarde y se hacía noche, tomé por el atajo, y al llegar al barranco del soto me encontré con que estaba tóo lleno de agua por la lluvia de la noche anterior. Quedéme pensando un momento si volver atrás o vadear el arroyo, que venía muy crecido y en estas dudas estaba, cuando... ¡María Santísima del Carmen! veo en la otra orilla, apoyándose en el báculo, toda arrugadita y como un fantasma negro, a la mismísima bruja en persona.
TODOS ¡Ah!
CURA ¡Qué disparate! Basta de cuentos y de...
TOM. Ya lo oís. *(Como resignándose a callar.)*
ROS. Déjelo, señor Cura, que no lo creemos.
VARIOS No, no lo creemos.

CURA — Sigue, hombre sigue, que todo lo sobrenatural tiene para vosotros un encanto irresistible.

ROS. — Vamos, habla.

TOM. — Pues, señor, que yo me quedé con los pelos de punta, y como si estuviese pasmao... Ni ánimos tuve para echar a correr. En esto, oigo que me dice...

HOMB. 1.º — ¿Quién?

TOM. — La bruja.

ROS. — ¿Pero las brujas hablan?

TOM. — Sí, con una voz como la de un ánima o cosa del otro mundo. Pero va y me dice: "Necesito pasar a ese lado; ¿quieres vadear el arroyo y llevarme ahí? No te pesará, y si te niegas has de llorarlo." Yo, al oir esto, me metí en el agua, llegué junto a la viejecilla temblando de miedo y de frío, y para no verla, cerré los ojos. Ella entonces me volvió de espaldas, montó sobre mí, y como quien va a caballo, me hizo entrar en el arroyo... no le faltó más que decirme: ¡arre! *(Haciendo el sonido que suelen los que arrean.)* Llegué a la orilla se dejó caer y... ella dijo que no me pesaría, pero fué verdad, porque pesaba bien poco. Es tan ligera como una pluma.

HOMB. 1.º — ¡Claro, como que son espíritus!...

ROS. — Y después...

TOM. — Después... sacó de entre el manto en que se envolvía una mano toda acartonada y rugosa y seca, y me dió este doblón. *(Sacándolo.)*

TODOS — ¡Un doblón!

TOM. — Aquí está. Y que yo no se lo he quitado a nadie; con que a ver de donde me ha venido, si no es cierto lo que he contado.

HOMB. 1.º — ¡Pues es verdad!

MAG. — ¡Un doblón! *(Yendo a cogerlo, lo cual evita Tomillo guardándolo vivamente.)*

TOM. — Y de nuevo cuño, y más reluciente que un lucero.

ROS. — Entonces, esa no es de las brujas que hacen daño, y que roban los niños y chupan el aceite de la iglesia y hacen mal de ojo.

TOM. — ¡Qué ha de ser! Después de darme la moneda, me dijo: "sigue tu camino sin mirar atrás". Y

yo me marché por la orilla hasta un sitio por donde podía pasar el ganado, sin volverme ni una vez siquiera, y como alma que lleva el diablo.

HOM. 1.º Y entonces se montaría en la escoba y desaparecería por los aires, como dicen que hacen todas ellas.

UNA De seguro.

CURA ¡Claro! ¡Qué cúmulo de disparates!

TOM. *(Con energía.)* Yo digo y afirmo que...

CURA *(Con severidad.)* Basta; ¿no comprendéis, insensatos, que si tuviera ese poder sobrenatural de viajar por los aires, nó necesitaba que este mostrenco la llevara a cuestas para vadear el arroyo?

HOM. 1.º Eso es mucha verdad.

TODOS Sí...

TOM. Pues también es verdad que yo la he visto.

ROS. ¿La has visto volar?

TOM. No, eso no; y para que no la viera, sin duda, me prohibió volver la cara.

HOM. 1.º Eso sería.

MUJER De seguro.

HOM. 1.º Yo ya la veo por los aires.

CURA Os prohibo terminantemente hablar de tales cosas. Ni hay semejante bruja, ni...

TOM. Lo que es eso...

CURA ¿Eh? Sería alguna mendiga la que has encontrado.

TOM. Sí, ¡una mendiga que da doblones! ¡Je, je! Y además, ésta es la misma que a la luz de la luna vimos todos por la primera vez entrar en el castillo la última Noche Buena, cuando salíamos de la Misa del Gallo. Siempre se dijo que en tal castillo habitaban duendes y fantasmas, aunque nadie los había visto; pero esa noche todo el pueblo vió a la bruja que se colaba por una puerta. ¿No es verdad?

VARIOS ¡Sí que la vimos, sí!

TOM. Y además, cuando el chico de los Camuños se rompió la pierna y estuvo tan malo del golpe, que ni los médicos de Pamplona ni nadie acertaban a curarlo, sus padres se encontraron una noche sobre la mesa de la cocina un unto amarillo envuelto en un papel, en que había escritas estas palabras:

"Aplicad esto al niño y se curará." Y por ahí anda el muchacho tan robusto, jugando al chito. Y a la bruja se lo debe, que si no es por el unto ya tenía cojera pa toa la vida. *(Cojeando cómicamente.)*

CURA. Basta ya: he sido demasiado complaciente al permitir esta conversación, que no debo autorizar con mi presencia.

MAG. Punto en boca. ¡A callar, Tomillo, que el señor Cura se incomoda!

TOM. Pero, ¡si no digo palabra!...

MAG. Haces lo que debes.

TOM. Pues si su mercé supiera lo que dicen por el pueblo de su mercé...

CURA. *(Alarmado.)* ¿Qué, qué dicen?

MAG. Vaya, vaya, tengamos la fiesta en paz: ¡a callar, he dicho!

CURA. No, por cierto; ahora sí que le obligo yo a que hable. Mis actos son públicos y notorios, y yo quiero saber cómo se juzgan.

TOM. No, si no es nada malo.

CURA. Sea lo que quiera, dilo.

TOM. Pues dicen que la capilla de ese castillo de Acevedo, abandonado hace tantos años, se ha compuesto con dinero que a su mercé le ha proporcionado la bruja.

CURA. *(Santiguándose.)* ¡Jesús!

TOM. Y que la misa que todos los domingos y fiestas de guardar dice allí su mercé, aplicándola siempre por el alma del difunto conde, la oye la bruja, escondida en la tribuna alta, detrás de las celosías.

CURA. ¡Válgame Dios!

TOM. Ello será invención, pero así lo dicen.

CURA. Es claro: y como lo dicen, hay que creerlo. Yo os ruego, hijos míos, que no déis crédito a las hablillas de los tontos.

MAG. Eso de tonto lo ha dicho por ti.

TOM. Bueno, bueno; yo no creeré lo que no vea, pero lo demás...

ROS. No seas tonto. ¿Querrás saber más que el señor Cura?

TOM. De brujas, sí. *(Se oye la campana de la queda.)*

Música.

CORO — La triste queda ya sonó,
con Dios quedad;
hasta que brille el nuevo día,
descansad.
Para el trabajo hay que dormir,
vamos allá;
con su reposo el blando lecho
brinda ya.

UNOS — Con Dios quedad.

OTROS — Dormid en paz.

(Vanse por el foro.)

ESCENA II

ROSALÍA, MAGDALENA y TOMILLO, que se han sentado junto al hogar.

Hablado.

MAG. — Tan tarde ya y Leonardo sin venir. Todas las noches me tiene intranquila.

ROS. — Y a mí.

TOM. — Y a mí también.

MAG. — ¡Ah! ¿Te has quedado tú?

TOM. — Por esperar a Leonardo hasta que venga.

MAG. — ¡Ya, ya; por esperar a Leonardo!... Oye, Tomillo, es menester que hablemos con toda franqueza y sin tapujos ni rodeos. No me conviene que sigas haciendo arrumacos a la muchacha.

TOM. — ¡Señá Madalena!...

MAG. — ¡Que no me conviene, ea! Y estoy decidida a ponerte de patitas en la calle si persistes en tu propósito.

TOM. — ¡Señá Madalena!...

MAG. — ¡Pues no faltaba más! Mi hija ha de casarse con un hombre bien acomodado y no con un zagalón sin oficio ni beneficio.

TOM. — Pero...

MAG. — No hay pero que valga. Vas a dar lugar a que coja una vara de fresno, y a ti y a ella os ponga como merecéis.

TOM. — (¡Armate de paciencia, Tomillo!)

MAG. ¡Vaya! Sin duda creéis que como estoy sola en el mundo, sin un hombre que me defienda, podéis burlaros de mí; ¡pues no ha de ser! Si Leonardo que es quien debiera evitar todo esto y prohibirte venir a su casa, como está medio tonto y no sé en lo que piensa, no defiende a su segunda madre, a la que le crió a sus pechos y le quiso como a un hijo propio, yo me bastaré para no tolerar tus amoríos. ¡Vaya, si me bastaré!

TOM. (Ya lo creo. Ella se basta y se sobra para esto y mucho más.)

MAG. Conque, ya lo sabes; renuncia de grado a lo que si no, tendrás que renunciar por fuerza.

ROS. (¡Pobrecita de mí!)

TOM. Señá Madalena, tenga compasión de nosotros. Yo no como, ni duermo, ni sosiego, ni descanso, ni hago cosa a derechas pensando en Rosalía. Si hoy no tengo un dote que ofrecerle, quién sabe, andando el tiempo, lo que sucederá; y sobre todo, ella y yo estamos conformes con el refrán que dice: "Contigo pan y cebolla." ¿Verdad, Rosalía?

ROS. *(Sollozando.)* Sí, Tomillo, sí; y pan sólo.

MAG. Cuando digo que vais a comprometerme a hacer una que sea sonada...

TOM. Si viviera vuestro marido, que en gloria esté, no me despreciaríais de esa manera.

ROS. ¡Ya lo creo!

MAG. Mi Pedro era un hombre pobre que no sabía de la misa la media, y que no tenía nunca genio para nada, y que se ablandaba con cualquier cosa.

TOM. (Y que se murió por no aguantarte.)

MAG. Yo sé hacer lo que conviene, y se acabó.

TOM. No, no se acabó, señá Madalena. Mientras Rosalía siga queriéndome, yo seguiré adorándola, y aunque se oponga el mundo entero, ni ella ni yo dejaremos de amarnos

MAG. ¡Tomillo!

TOM. Juntos desde chicuelos hemos andado por esos campos; juntos hemos crecido; ella mirándose en mis ojos y yo en los suyos. Si no soy rico no es culpa mía, que yo bien quisiera serlo para ofrecerla montes de oro; pero renunciar a ella... ¡eso

no! ante me llevarán al hoyo más tieso que un palo... *(Echándose a llorar cómicamente.)* ¿Lo véis?... También ella está haciendo pucheros.

MAG. ¡Rosalía! ¡Y ese Leonardo sin venir! Yo os aseguro que esta misma noche he de decirle lo que conviene. Su casa es ésta, y por consecuencia, yo no puedo arrojar de ella a nadie; pero si consiente en que sigas viniendo para atormentarme y sorber el seso a esta tontuela, yo seré quien salga de aquí y viviré en una choza donde no pondrás los pies; eso te lo juro. Y cuidado no coja a la chica y me la lleve a Pamplona y la haga entrar en un convento para toda su vida. Si tantas ganas tiene de casarse, que se case con Dios, que mejor esposo no ha de encontrar en el mundo.

TOM. (Sí, y será el único yerno que pueda sufrirte.)

MAG. Y basta de conversación. Dame la rueca. Ya arreglaré yo todo esto con Leonardo. *(Se sienta a la lumbre.)* Y tú hila también; la ociosidad es madre de todos los vicios. *(Bosteza.)* Hoy, por lo visto, Leonardo va a venir más tarde que nunca. No sé qué diablos andará cazando por el monte a estas horas y en una noche oscura como boca de lobo. ¡Aaah! Ese mozo tiene también algo que le preocupa... *(Mientras hilan bosteza ruidosamente. Empieza la música en la orquesta.)*

TOM. *(Sentado en el sillón.)* Nada; esto no puede seguir así. No espero más... ¡Ay, Rosalía de mis ojos, yo necesito ser tu marido, aunque sea a costa de... a costa de lo que sea! ¡Con que gracia hila! ¡Con qué primor lo hace todo!... Quisiera ser copo de lana para que fuera adelgazando entre sus deditos de nieve... ¡Borrega mía! *(Tirándole un beso. Ella le corresponde con otro, cuando su madre no lo ve.)*

Música.

ROS. (Chito, que ya mi madre
da cabezadas.)
TOM. (¡Cuándo estaremos lejos
de sus miradas!)
ROS. (¡Ojo, que se despierta!)

TOM. (¡Ay, qué tormento!)
MAG. Dame el rosario, chica.
ROS. Voy al momento.
(Lo coge de un clavo donde está colgado.)
TOM. (Ahora sí que se duerme
entre oraciones,
y ya no se despierta
ni a tres tirones.)
ROS. Tome el rosario, madre.
TOM. (Ya lo cogió.) *(Con alegría.)*
MAG. Ven a rezar conmigo *(Levantándose.)*
TOM. (¡Nos fastidió!)
MAG. *(Corre el sillón hasta frente y cerca de la concha del apuntador.)*
Con el calorcillo
se me aumenta el sueño
y me voy quedando
lo mismo que un leño.
Deja que me siente
lejos del fogón;
aquí rezaremos
con más devoción. *(Se sienta.)*
ROS. (¡Ay, madre del alma,
(Sentándose en su taburete a la derecha de Magdalena. Tomillo a su izquierda algo más separado.)
no es buena ocasión,
que tendré por fuerza
poca devoción!)
TOM. (¡Ay, ay, Rosalía
de mi corazón,
tú si que eres santo
de mi devoción!)
MAG. En el nombre del padre
y del hijo... *(Persignándose.)*
ROS. (Antes de dos dieces
se duerme de fijo.)
MAG. Padre nuestro,
que estás en los cielos...
TOM. (¡Dame a mí paciencia
para estos desvelos!)
MAG. Hágase tu voluntad...
TOM. (Si hiciera la mía,
¡qué felicidad!)

ROS. El pan nuestro de cada día
dánosle hoy.
TOM. (¡Ya lo creo que to lo daría,
y no es culpa mía
si no te lo doy!)
ROS. Perdonamos
(Rosalía hace señas a Tomillo de que Magdalena se duerme.)
a nuestros deudores.
TOM. (¡Esto marcha bien!)
ROS. Mas líbranos de mal...
TOM. Amén.
MAG. Amén. *(Medio dormida.)*
ROS. ¡Amén, amén!
(Magdalena deja caer el rosario al suelo.)
Mira, Tomillo,
ya se durmió.
TOM. Del primer Padre nuestro
(Acercándose a Rosalía por detrás de Magdalena.)
nunca pasó.
ROS. Ahora que en calma *(En voz muy baja.)*
mi madre duerme,
no metas ruido
no se despierte,
ya que logramos
tan pocas veces
hablar a solas
tranquilamente.
TOM. Pa que tu madre
no se despierte,
bajo, bajito,
di si me quieres.
Dilo, mi dueño,
una y mil veces
que embelesado
lo escucho siempre
ROS. Habla más quedo,
sé más prudente.
TOM. Pues anda, y pronto
di si me quieres.
¿Me quieres, di?
ROS. ¡Qué pesadez!
Te quiero, sí.

TOM. Dilo otra vez.
¿Me olvidarás?
ROS. ¡Ay, eso no!
TOM. Que otra vez más
lo escuche yo.
La última vez.
¿Me quieres, di?
ROS. ¡Qué pesadez!
cien veces sí.
TOM. ¿Sí?
ROS. ¡Sí!
TOM. ¿Sí?
ROS. ¡Sí!
TOM. Tú eres mi encanto;
mírame así.
ROS. Quiéreme tanto
como yo a tí.
TOM. ¿Sí?
ROS. ¡Sí!

(Apianando hasta casi no oirse. Magdalena ronca muy fuerte.)

TOM. ¡Ay, que susto me ha dado!

(Soltando la mano de Rosalía, dando un salto y viniendo a sentarse en su taburete.)

ROS. ¡Buena señal!
cuando ronca tan fuerte
bien dormirá.

(Otro ronquido.)

TOM. ¡Agua va! ¡Pues ya escampa!
¡Qué atrocidad!
En la iglesia el piporro
no suena más.

(Rosalía pasa al lado de Tomillo y juntos avanzan hacia el proscenio.)

ROS. Ahora ya puedes
estar tranquilo,
que tiene el sueño
muy bien cogido.
Mas por si acaso,
habla bajito,
sé más prudente,
no metas ruido.
TOM. ¡Ay, Rosalía!

Tú eres mi hechizo,
por ti no duermo,
por ti no vivo
Y si no logro
ser tu marido,
me ves un día
colgao de un pino.
Dame un abrazo.

Ros. ¡Quieto, Tomillo.
No te me escapas.

(Persiguiéndola por delante de Magdalena.)

Ros. ¡Ya me ha cogido!
Tom. ¿Di si me quieres?
Ros. ¡Vuelta a lo mismo!
Tom. ¡Yo no me canso
nunca de oirlo!
¿Me quieres, di?
Ros. ¡Qué pesadez!
Te quiero, sí.
Tom. ¡Dilo otra vez!
¿Me olvidarás?
Ros. ¡Ay, eso no!
Tom. ¡Que otra vez más
lo escuche yo!
¡La última vez!
¿Me quieres, di?
Ros. ¡Qué pesadez,
cien veces sí!
Tom. ¿Sí?
Ros. ¡Sí!
Tom. ¿Sí?
Ros. ¡Sí!
Tom. Tú eres mi encanto,
mírame así.
Ros. ¡Quiéreme tanto
como yo a ti!
Tom. ¿Sí?
Ros. ¡Sí! *(Con el aliento.)*
Mag. *(Estornudando ruidosamente.)*
¡Achís!

(Rosalía se deja caer sobre el taburete y Tomillo viene rápidamente a sentarse en el suyo.)

Hablado.

MAG. ¡Achís! ¡Achís! ¡Achís!

ROS. / TOM. Jesús.

MAG. Vaya, me he constipado; dejemos el rezo por hoy.

ROS. Como su mercé disponga.

MAG. Creo que para acabar el rosario faltaba algo todavía, ¿verdad?

ROS. Sí, algo faltaba...

TOM. Sí, faltaba algo.

MAG. Bueno, pues mañana lo rezaremos demás. Hoy no puedo tenerme ya en pie. *(Levantándose.)*

TOM. (Ni sentada.)

MAG. Y puesto que Tomillo se empeña en esperar a Leonardo, vamos a acostarnos nosotras.

TOM. (¡Maldita sea tu estampa!) Bueno; sí, yo le aguardaré aquí solito... (y llevado de los demonios.)

MAG. Enciende el candil, Rosalía. *(Mientras ésta la obedece, encendiendo en el que pende de la chimenea otro más pequeño que está colgado de un clavo en la pared, Magdalena recoge el huso y la rueca cuidadosamente y los coloca en un rincón.)*

TOM. *(Acercándose al taburete en que Rosalía está de pie.)* (Luego vendré a darte música con todos los mozos, que estamos citados en la plaza. No dejes de salir a la puerta.)

ROS. (¿Y si mi madre lo oye?)

TOM. (Anda y que rabie, que bastante saliva trago yo por ella.)

MAG. ¿Eh, qué es eso? ¿Otra vez de palique? Mira, Tomillo, que estoy harta de contemplaciones...

TOM. Señá Madalena, si la quiero mucho.

MAG. *(Remedándole.)* ¡La quiero mucho, la quiero mucho! Con tu querer sacará ella bastante... Cuando tengas cien doblones como ese que te ha dado la bruja, vente por aquí y hablaremos. Hasta entonces, perdona por Dios, hijo...

TOM. ¡Cien doblones!

MAG. Ni más ni menos. En eso ha dotarla el que se case con ella. Andando, chica.

Ros. Vamos, madre.
Mag. Buenas noches.
Tom. Felices, señá Madalena, que durmáis bien. (Así tengas una pesadilla que te dure toda la noche.)
Ros. (¡ Adiós !)
Tom. *(Junto a la puerta de la izquierda.)* (Adiós. ¿Me quieres?)
Ros. (Sí.)
Tom. (¿Mucho, mucho?)
Ros. (Mucho.)
Tom. (Dímelo otra vez.)
Ros. (¡ Que sí !)
Tom. (¿ Mucho?)
Mag. ¡ Vamos, muchacha !
Ros. Mucho, mucho, mucho. *(Desde la puerta.)*

ESCENA III

TOMILLO Solo.

¡ Cien doblones! ¡ Ya lo creo que los vale! Y un millón de ellos. ¡ Pero facilillo es buscar tanto dinero! ¡ Si yo lo tuviese!... Alquilaba el molino del tío Salvao y quién me tosía a mí entonces... Con Rosalía y con mi molino... ya había yo de moler, ya. *(Leonardo fuera y lejos, acercándose. Canta.)*

Noche oscura que amedrentas
al perdido caminante,
aun más negras son las nubes
en el alma de un amante.
¡ Ay, de mí,
que en vano por buscarte
el mundo recorrí !
¡ Ay, de mí !

Tom. Vamos, ahí está Leonardo. Siempre con canciones tristes. No comprendo que haya quien cante eso habiendo una jota que sólo de oirla parece que le nacen a uno castañuelas en el corazón. *(Abre la puerta)*

ESCENA IV

TOMILLO y LEONARDO, éste con arcabuz, avíos de caza y una bocina pendiente de un cordón y colocado a la bandolera.

LEON. Buenas noches, Tomillo.

TOM. Felices las tengas.

LEON. ¿Y Magdalena y Rosa?

TOM. A la cama se fueron cansadas de esperarte, y con cuidado por tu tardanza.

LEON. ¡Bah! Pues ya debieran haberse acostumbrado. *(Colgando el arma en la panoplia.)*

TOM. ¿Y qué tal la caza, ha sido buena? ¡Toma!... ¡Pues si vienes con el zurrón vacío! *(Mirándolo.)*

LEON. Más que lo fué a la madrugada, porque entonces llevaba las provisiones para el día.

TOM. ¿Sabes que si continuas de ese modo, bien pronto has de perder la fama de buen cazador que tienes en el pueblo?

LEON. Me cuido poco de ella. *(Sentándose en el sillón.)*

TOM. Antes no había corzo ni jabalí seguro en esos bosques cuando salías con tu arcabuz, y ahora dices que vas a perseguirlos y por lo visto pasan por delante de ti sin tenerte ya miedo, y vuelves a casa sin una triste liebre, ni cosa que se le parezca.

LEON. Es verdad.

TOM. ¿Pero qué diablos te sucede hace algún tiempo? Enamorado no lo estás, porque tú no sales de estos contornos, y yo conozco todas las mozas en diez leguas a la redonda y en ninguna fijas tus miradas, por lo cual andan ellas muy mustias y cariacontecidas.

LEON. ¿Sí, eh? *(Distraído.)*

TOM. ¡Vaya, pues que más quisieran que un mancebo gallardo, como tú, las requebrara! ¡Y que al cabo y al fin eres hidalgo!

LEON. Sí, ¡hidalgo de gotera! Mi hidalguía no se extiende más allá de los límites de este pueblo. Saliendo de él soy tan plebeyo como tú. En esta casa que me dejó mi padre, donde él vió la luz, como mis abuelos, conforme con la suerte humilde, dueño de escaso patrimonio, pero suficiente para mis cortas necesidades, pasaré mi vida.

TOM. Pues si yo estuviera en tu caso, ya había volado

por esos mundos a probar fortuna. ¡Qué diantre! Un hidalguillo tan pobre como tú era, según dicen, D. Fernando de Valenzuela, y a la corte se fué, y gracias a la protección de la augusta madre de nuestro Rey D. Carlos II, que Dios guarde, llegó a ministro y marqués y qué se yo qué más en bien poco tiempo.

LEON. Y cayó luego y fué desterrado a las Filipinas y nadie se acuerda ya del santo de su nombre.

TOM. Sí, pero él hizo su suerte.

LEON. Y su desgracia; vale más no alimentar sueños de ambición, que difícilmente habrán de realizarse, y vivir tranquilo y ateniéndose cada cual a lo que tiene. Hidalgo pobre nací, hidalgo pobre moriré. *(Se levanta.)*

TOM. Sí, pero hidalgo dado a todos los diablos. Porque a lo que se ve, tú no estás muy resignado con tu suerte.

LEON. Por completo.

TOM. Entonces, ¿cuál es la causa de tu tristeza; qué es lo que te pasa? Vamos hombre, dímelo, confíame tus penas, que aunque no sepa tanto como tú, porque no haya tenido un tío cura que me haya enseñado de letras y sea un rústico pastor, no dejo de tener alguna luz natural y quién sabe si se me ocurrirá algo que te consuele.

LEON. Gracias, Tomillo, gracias. Estimo en lo que vale tu buena intención, y...

TOM. Vaya, vaya, déjate de tonterías; dime lo que te sucede, que debe de ser cosa muy grave.

LEON. ¡Y tanto!

TOM. ¿Eh? Ya lo decía yo y lo decíamos todos.

LEON. Voy a confiarte mi secreto; pero con la condición de reservarlo siempre.

TOM. Soy un pozo.

LEON. Estoy enamorado.

TOM. ¡Ya apareció aquello! ¿Pero de quién?

LEON. De un fantasma.

TOM. ¡Caracoles! *(Retrocediendo.)*

LEON. No, no estoy loco. Escucha y sabe la causa de esta melancolía que hace ya un año me devora.

Música.

LEON.

¡En una noche plácida
del ardoroso estío,
y al pie de un sauce lánguido
que presta sombra al río,
tranquilo yo aguardaba,
durmiendo en la ribera,
del día ya cercano
la dulce luz primera.
De pronto me despierto
y miro allí asombrado
que una mujer bellísima
cruzaba el río a nado.
Envuelta en blanca túnica
que apenas la cubría,
a mis pasmados ojos
la hermosa se ofrecía.
Su espalda tersa y pura
de blanco mármol era;
caía en sueltas ondas
la rubia cabellera;
y al sostenerla a flote
con su corriente fría,
en torno acariciarla
el agua parecía.
Yo absorto contemplándola
suspenso me quedé
y con mirada atónita
sus formas admiré.

TOM.

Pues si yo estoy allí,
aunque no sé nadar,
me zambullo de fijo en el agua
sin vacilar.

LEON.

¡De mi estupor saliendo
me adelanté imprudente
y ella asustada entonces
hundióse en la corriente.
¡Me lanzo al agua loco
dispuesto a perseguilla
y aparecer la veo

allá en la opuesta orilla.
Medrosa recatándose
de la mirada impura,
desaparece rápida
en la floresta oscura.
Yo nado, llego, busco,
recorro el bosque, entero,
sin perdonar ramaje,
sin olvidar sendero;
mas todo, todo en vano,
buscando el bien que huía
me sorprendió rendido
la luz del nuevo día.
¡Y aun dudo, triste y mísero,
si fué aquella beldad
aparición fantástica
o hermosa realidad.

TOM. Sueño fué, sueño fué;
yo también, ¡ay de mí!
entre sueños mil veces he visto
mujeres así.

Hablado.

TOM. Vaya, Leonardo, déjate de bobadas y cree que todo ello fué una ilusión y nada más. Estarías adormilado, viste en el río a cualquier moza del pueblo que se bañaban como suelen y...

LEON. No; era un ser desconocido, ideal...

TOM. Calla, tonto; aunque fuera alguna chica de por acá, tú la desconocerías, y no tiene nada de extraño; como no acostumbramos a verlas en ese traje...

LEON. Esa mujer misteriosa existe sólo para mí. ¿Sabes quién me lo ha dicho?

TOM. ¿Quién?

LEON. La bruja.

TOM. ¿Eh? ¿Cómo?

LEON. Sí. Ella me lo ha asegurado. Ella, echándome las cartas aquí mismo, me ha repetido; "Ten fe, ten esperanza y ese ser realizará tus sueños de amor y ventura."

TOM. Oye, oye; ¿y cuándo te ha dicho todo eso?

LEON. Muchas veces.

TOM. ¿Pero tú la ves?

LEON. Sí

TOM. ¡Y luego dice el señor Cura que son ilusiones mías y paparruchas!

LEON. Tú ignoras, como todos, que fué a consecuencia de aquella misteriosa aparición el caer yo gravemente enfermo el año pasado.

TOM. ¡Ah! ¿Con que fué de eso?

LEON. Sí, la excitación que me produjo el dudar si era realidad o sueño aquella imagen que me robó los sentidos, me puso en un estado tal, que todos temieron por mi vida.

TOM. Ya lo creo; como que más estuviste en el otro mundo que en éste.

LEON. Pues bien; ella veló mi sueño muchas veces.

TOM. ¿Quién, la bruja?

LEON. Sí.

TOM. ¿Y entraba por la chimenea?

LEON. No sé por dónde entraba. Varias noches, al despertar la ví en la cabecera de mi lecho, cuidándome con cariño de madre. El asombro que la primera vez me inspiró trocose bien pronto en gratitud y afecto, y ella, que siempre venía cuando yo estaba solo, me dió no sé qué filtros y bebidas en lugar de los que el médico me mandaba, y curé pronto, gracias a sus cuidados. ¡Oh! ¡No lo dudo; le debo la vida!

TOM. ¡Canastos con la brujita! ¡Si vale más oro que pesa!

LEON. Ella me ha asegurado que la mujer aparecida flotando sobre las aguas del río será la dulce compañera de mi hogar, pero que para conseguirlo es necesario que pase mucho tiempo. Siempre me dice lo mismo: "Ten fe y espera".

TOM. Y tú...

LEON. Espero y tengo fe; pero a veces mi ánimo se abate, y desesperado y medio loco recorro esos bosques en busca de aquel ser ideal.

TOM. Vaya, ahora me explico que vuelvas con el morral vacío. ¿Y tú tienes confianza en lo que la bruja te asegura?

LEON. ¡Ya lo creo! Es mi protectora. Si hubiese querido

dinero lo tendría. Mil veces me lo ha ofrecido con insistencia; pero yo lo he rehusado siempre.

TOM. ¡Qué bobo! *(Pausa corta.)* ¿Y la ves muy a menudo?

LEON. No tanto como yo desearía. Pero me ha dicho. "Siempre que para algo me necesites, llámame y acudiré en seguida. Al oir el toque de tu bocina repetido tres veces, volaré a tu lado."

TOM. ¿Y la has llamado así?

LEON. Y siempre ha acudido.

TOM. (Bueno es saberlo.) ¿Con que tres toques?

LEON. ¿Comprendes ahora mi desesperación, mi tristeza? ¡Oh! no hay un hombre más desgraciado. *(Se sienta junto al hogar, meditabundo, casi de espaldas a Tomillo.)*

TOM. Así son las cosas en este mundo; se cree más infeliz que nadie, porque está enamorado de un fantasma y no lo encuentra... Más desgraciado soy yo, que quiero con toda mi alma a un ser de carne y hueso, y para mí... como si fuera un duende.

ESCENA V

DICHOS y ROSALIA, que se detiene al ver a LEONARDO

ROS. ¡Ah! ¡Leonardo! *(Se detiene al verle.)*

TOM. *(Acercándose a ella con sigilo.)* ¿Y tu madre?

ROS. Duerme, y yo venía a decirte que no vuelvas más aquí, que ella lo ha prohibido y que me amenaza con llevarme a un convento...

TOM. No te llevará. ¿Tienes valor para afrontar un peligro muy grande?

ROS. Todo lo que quieras.

TOM. ¿Te atreves a pedir conmigo protección a la bruja?

ROS. Me atrevo a todo.

TOM. ¿Sí? Pues espera. *(Coge la bocina de Leonardo, abre de pronto la ventana, y volviéndose hacia ella toca tres veces. A la primera, Leonardo sale de su abstracción, poniéndose en pie violentamente; luego se acerca con rapidez a Tomillo, y sin poder evitar que dé el último toque, le arrebata la bocina.)*

LEON. ¿Eh, que es esto? ¡Desgraciado! ¿Qué haces?

TOM. Llamo a la bruja.

LEON. ¡Por qué te lo habré dicho!

TOM. Perdóname, Leonardo; ¡yo necesito protección! ¡Yo soy más desgraciado que tú!

LEON. ¡Te has hecho indigno de mi aprecio!

TOM. ¿Pero crees que vendrá?

LEON. ¡Mira! *(Abrese la puerta del foro y aparece en ella la Bruja. Rosalía y Tomillo aterrados, retroceden hasta cerca del hogar, de modo que ella, al entrar, no los vea. Es una vieja octogenaria y muy caduca. Viste falda y manto negro y se apoya en un alto báculo.)*

ESCENA VI

DICHOS y LA BRUJA

Música.

TOM. }
ROS. } (¡Oh, ya está ahí!)

BRUJA ¡Ya estoy aquí!
Cual siempre a tu llamada
solícita acudí.
¿Qué quieres? Dí.

LEON. ¡Ah, perdonad!
No os llamé yo.

BRUJA El son de tu bocina
el viento a mí llevó.
¿Quién me llamó?

LEON. Un mozo, cuya audacia
castigaré. *(Yendo amenazador hacia Tomillo)*

BRUJA ¿Qué es esto? ¿No estás solo?
(Reparando en Rosalía y Tomillo.)

TOM. ¡Ay, Dios! ¿Qué haré? *(Temblando.)*
¡Perdón, yo fuí *(Arrodillándose.)*
quien os llamó!

BRUJA ¿Quién eres tú?

TOM. ¡Pues yo... soy yo! *(Llorando.)*

BRUJA ¡Je, je! ¡Je, je!
Ya sé, ya sé.

LEON. ¡Tanta osadía
castigaré!

BRUJA ¡No, déjale! *(Obligándole a levantarse.)*
Esta tarde en el campo,
me hiciste un favor
y yo quiero pagarte
con otro mayor.
Cuando tú me has llamado
por algo será.
¿Qué deseas? ¿Qué pides?
Vamos, dilo ya.

TOM. (Como tú no me ayudes *(A Rosalía.)*
nada le diré.)

ROS. (Pues yo estoy que no puedo
ni tenerme en pie.)

BRUJA Nunca a nadie hice daño,
no tembléis así.
¿A qué viene ese miedo?
¿Qué queréis de mí?

TOM. (¡Basta ya de temores
y vacilación!
Pues queremos, señora,
vuestra protección.

ROS. Por favor, concedednos
vuestra protección.

BRUJA Dí si son dignos de ella. *(A Leonardo.)*

LEON. Cierto que lo son.

BRUJA ¿Para qué necesitan
de mi protección?

ROS. / TOM. Por favor, concedednos
vuestra protección.

TOM. Soy un pastor de ovejas
muy desgraciado,
y estoy de esta muchacha
enamorado.
Mas como soy tan pobre,
su madre fiera
me ha dicho que no quiere
que yo la quiera.
Y aunque suplico y lloro,
dice que nones,
si no doto a la novia
en cien doblones.
Ciento lo menos pide,
¡válgame Dios!

como éste que esta tarde
  me dísteis vos.

LEON. }
BRUJA } ¡Válgate Dios!

ROS. }
TOM. } ¡Válgame Dios! *(Gimiendo.)*

TOM. Vos que tenéis ungüentos
  para mil cosas,
y polvos que hacen curas
  maravillosas,
¡por Dios, señora bruja,
  dadnos un unto,
que el pecho de las suegras
  ablande al punto!
Porque si no permite
que nos casemos,
ésta y yo de tristeza
  nos moriremos.
Si la madre no cede,
  ¡válgame Dios!
que el entierro preparen
  para los dos.

LEON. }
BRUJA } ¡Válgate Dios!

ROS. }
TOM. } ¡Válgame Dios! *(Llorando a lágrima viva.)*

BRUJA Yo un talismán poseo
y te lo voy a dar,
que ablanda, cual ninguno,
pechos de pedernal.

TOM. ¿De veras?

BRUJA Sí; no hay otro
con que se logre más.
Al golpe de mi báculo
le vais a ver brotar.
¿Cifráis en cien doblones
vuestra felicidad?
Pues bien, en esta bolsa
tenéis algunos más.

(Da en el suelo un golpe con el báculo y cae un bolsón.)

TOM. ¡Oh, qué decís!

BRUJA ¡Cógelo ya!

TOM. Soñando estoy. *(Cogiéndolo.)*
BRUJA No; que es verdad.
TOM. ¿Y es para mí?
BRUJA ¡Pues claro está!
TOM. ¡Y es oro, ve! *(Enseñándole a Rosalía.)*
LEON. (¡Cuánta bondad!) *(Aparte a la Bruja.)*
BRUJA Yo, desgraciadamente,
no puedo por mi edad;
mas ya que no me case,
¡cásense los demás!
TOM. No es bruja, es una santa,
debémosla adorar.
ROS. / TOM. A vuestros pies de hinojos...
BRUJA ¡Muchachos, levantad!
ROS. ¡Tomillo!
TOM. ¡Rosalía!
Lo cierto es que me dan
deseos de reir
y ganas de llorar.
BRUJA El oro siempre ha sido
soberbio talismán;
no hay magia en este mundo
con que se alcance más.
¡Dichoso el que lo tiene
sabiéndolo emplear,
y pródigo lo siembra
en bien de los demás!
LEON. (¡Se ve en los hondos surcos
de su arrugada faz,
un resto de hermosura
que aumenta su bondad!)
TOM. (¡No sé lo que me pasa,
no sé lo que me da!
¡Señor, si esto es un sueño
no quiero despertar!)
ROS. (¡Si es el creer en brujas
un pecado mortal,
de fijo, de esta hecha,
me voy a condenar.)

Hablado.

TOM. ¡Ah, señora bruja!, ¿qué podremos hacer para demostraros nuestra gratitud y nuestro?...

BRUJA Guardar la mayor reserva, y ni más ni menos. En el momento mismo en que el secreto se divulgue, veréis convertirse esos doblones en víboras que os morderán sin que podáis evitarlo.

TOM. ¡Cáspita! ¡Pues al momento le digo yo a nadie ni una palabra!

ROS. ¿Ni a mi madre tampoco?

BRUJA Si es capaz de guardar el secreto...

TOM. Cuando sepa que en hablando desaparecen las monedas, ya está más callada que mi abuelo, que se murió hace treinta años.

BRUJA En ese caso, os autorizo para que se lo digáis, pero a ella sola.

TOM. Pues ahora mismo; las cosas, en caliente.

ROS. ¡Si está durmiendo!

TOM. ¡En cuanto oiga sonar esta bolsa, abrirá cada ojo... así! Vamos, Rosalía. ¡Ah, señora!...

ROS. ¡Señora!... *(Haciendo cortesías.)*

BRUJA Basta, basta; id adentro.

TOM. (¡Rosalía!)

ROS. (¡Tomillo!)

TOM. (¿Me quieres mucho?)

ROS. (¡Más que nunca!)

TOM. (¡Bendita sea tu boca!)

ROS. (¡Anda, tonto!) *(Vanse.)*

ESCENA VII

LEONARDO y LA BRUJA

LEON. ¡Oh, qué buena sois, qué buena!

BRUJA Así mi alma se alboroza;
desgraciado el que no goza
al mirar la dicha ajena.
Y hecha su felicidad,
la tuya me resta hacer:
¡hora es de satisfacer
tu justa curiosidad!
Para que lo oigas atento
y guardes en la memoria,

te voy a contar mi historia,
que va a parecerte un cuento.
(Se sientan en dos taburetes junto al hogar.)
Yo era una joven hermosa,
muy hermosa... y puedo hacer
mi elogio sin parecer
a tus ojos presuntuosa;
porque tal como yo era
de joven, audaz y osado,
me viste, mal de mi grado,
una noche en la ribera.

LEON. ¡Erais vos!

BRUJA Yo misma, sí.

LEON. ¡Ah! *(Yendo a cogerla la mano.)*

BRUJA Respétame o me voy;
no me viste como soy,
que me viste como fuí. *(Pausa.)*
Allá en la corte vivía
entre el fausto y la grandeza,
y otra corte mi belleza
de adoradores tenía.
Disputábanse mi amor,
sin conseguir sus afanes,
entre otros, cuatro galanes
muy dignos de mi favor.
Mas yo a ninguno quería;
loca en sueños adoraba
a un hombre que no encontraba...
porque entre ellos no existía.
¡Un hombre que fuera así,
como tú, a quien luego hallé,
todo bondad, todo fe,
y todo amor para mí!
Con vil saña vengadora,
los amantes desdeñados
fueron a ver despechados
a una bruja encantadora.
Ella convencerse deja,
pone en mi contra su hechizo,
y les vende un bebedizo
para transformarme en vieja.

LEON. ¡Qué horror!

BRUJA — Así, desgraciada,
empezó mi desventura.
¡Adiós, preciada hermosura,
adiós juventud preciada!
Se arrugó mi tersa tez,
perdí belleza y salud
y fuí de la juventud
a la caduca vejez.
Para privarme de amores
aquella vieja zahorí,
la edad echó sobre mi
de mis cuatro adoradores.

LEON. — ¡De los cuatro! ¿Y sostenéis
de tantos años el peso?

BRUJA — Por fuerza.

LEON. — Mas, según eso,
decidme, ¿qué edad tenéis?

BRUJA — Contando como se debe
los propios y los extraños,
tengo ciento dieciocho años...
(Leonardo se separa asustado.)
Voy para los diecinueve. *(Riendo.)*
No lo debes extrañar,
que estoy bien envejecida.

LEON. — No escuché en toda mi vida
historia más singular.

BRUJA — Por lo nueva y por lo varia
(Levantándose y avanzando hacia el proscenio.)
comprendo que ha de asombrarte:
oye la segunda parte,
que es la más extraordinaria.
En la ruin transformación
que por mi mal he sufrido,
quedó el cuerpo envejecido,
mas joven el corazón.
Anheloso, palpitante,
con el amor se extasía:
éste es joven todavía...

LEON. — (¡Con eso tengo bastante!)

BRUJA — Cuando tan vieja me vi,
desesperada lloré,
mas mi encanto averigüé
y a deshacerlo corrí.

Vi a la maldita hechicera,
que tan infeliz me hizo,
y le pedí un contrahechizo,
pagando cuanto quisiera.
Pero... ¡ay! la desgracia mía
era irreparable ya.
"Lo hecho, me dijo, hecho está;
no vale mi brujería."

LEON. (¡Oh!)

BRUJA "Por mucho que me ofrezcas,
no encontrarás el remedio."
Y añadió: "Sólo hay un medio
para que rejuvenezcas."

LEON. ¡Un medio! ¿Es posible?

BRUJA Sí.

LEON. ¿Y cuál es, dime? *(Con ansiedad.)*

BRUJA ¡Qué tonto!
no te entusiasmes tan pronto.
La bruja me dijo así:
"Para volver a tu estado
de diez y seis primaveras,
preciso es que consiguieras
un imposible soñado.
Un galán a quien adores,
y que, aun mirándote así,
haga atrevido por tí
los sacrificios mayores;
que se lance con ardor
a una conquista que asombre,
que adquiera fortuna y nombre,
sólo por lograr tu amor.
Y con su mano te dé,
ya alcanzada la victoria,
¡nombre, amor, fortuna y gloria!"

LEON. Basta; ¡yo ese hombre seré!

Música.

BRUJA ¡Así, así te quiero yo!
Mi corazón no me engañó.

LEON. ¡Confía en mí, no dudes más,
tu juventud recobrarás!
Fortuna, gloria y nombre
por tí he de conquistar.

BRUJA — Laureles mil te ofrece
la vida militar.

LEON. — Luchando por la patria
la dicha lograré.

BRUJA — La alcanzarás si tienes,
amor, constancia y fe.

LEON. — ¡Sí los tendré!

BRUJA — Hoy luchan en Italia
las armas españolas;
la guerra allí te brinda
honor, fortuna y gloria.
Un general invicto,
el duque de Saboya,
las españolas huestes
conduce a la victoria.
Con este anillo sólo...
(Quitándose uno del dedo.)
que al duque mostrarás,
en sus gloriosas filas
un puesto lograrás.
(Le da el anillo, que él se pone en la mano izquierda.)
Y si combates con valor
serás el dueño de mi amor.

LEON. — Allí luchando con valor,
digno me haré de tanto honor.
Será este anillo el talismán
con que se logre mi hondo afán.

BRUJA — Tanto como ese talismán
tus propios hechos te valdrán.

LEON. — Mañana mismo partiré.

BRUJA — Yo aquí tu vuelta esperaré.

LEON. — Adiós risueños campos,
que nunca abandoné;
adiós feraz ribera
donde morir pensé.
Adiós mi humilde casa;
adiós tranquilo hogar;
sin nombre y sin fortuna
no me veréis tornar.

BRUJA — Sí volverás, que tienes fe;
yo aquí tu vuelta esperaré.

LEON. ¡Sí, volveré!
BRUJA (¡Cuánto me halaga el verle así
buscando gloria para mí!
¡Un hombre así soñaba yo;
mi corazón no me engañó!)
LEON. Me veo ya logrando allí
honor y gloria para ti.
Confía en mí, no dudes, no;
tu corazón no se engañó.

Hablado.

LEON. Todo cuanto es de valía
sin esfuerzo no se gana;
a Italia parto mañana
en cuanto despunte el día.
BRUJA ¿Estás decidido?
LEON. Sí.
BRUJA Piénsalo bien.
LEON. Lo he pensado.
De lauros vuelvo cargado
o en la lucha muero allí.
yo ofreceré a vuestras plantas
lo que conquiste arrogante.
BRUJA ¡Vé, mi caballero andante,
a ver si me desencantas!
LEON. ¡A quién no inspiráis valor!
BRUJA ¡Ojalá no desfallezcas!...
LEON. ¡No!
BRUJA Para que así merezcas
el ser dueño de mi amor.
Aunque si bien se repara,
poco a la verdad merece
un amor que se te ofrece
con tal cuerpo y con tal cara. *(Ríe.)*
Pero lucha decidido;
ya sabes que esta envoltura
humilde, triste y oscura,
guarda el gusano dormido;
y al calor de tus amores,
a tu vuelta venturosa,
¡nacerá la mariposa
con sus alas de colores!

LEON. ¡Oh, sí, sí, renacerá!
(Óyese música lejana.)
BRUJA Escucha, ¿qué es eso? ¡Calla!
LEON. Es el son de una rondalla
que viene alegre hacia acá.
BRUJA Quiero que nadie me vea,
y ya salir me precisa.
LEON. ¡Tan pronto!
BRUJA Sí, tengo prisa. *(De pronto.)*
Me iré por la chimenea.
LEON. ¿Cómo? *(Asustado.)*
BRUJA ¡Je, je! ¡No me voy!
Pero tu asombro no creo
natural; por lo que veo,
te olvidas de lo que soy.
LEON. ¡Es verdad!
BRUJA Más vale así;
yo prefiero no asustarte.
Llévame por otra parte.
LEON. Venid, venid por aquí. *(Derecha.)*
Al campo hallaréis salida.
BRUJA Y mañana...
LEON. Partiré...
BRUJA ¿Y no perderás la fe?
LEON. ¡Antes perderé la vida! *(Vanse.)*

ESCENA ÚLTIMA

Desde poco antes de acabar la anterior, óyese un pasacalle de guitarras que van acercándose hasta llegar junto a la puerta del foro.

TOMILLO, MAGDALENA y ROSALÍA que salen por la izquierda.

Música.

TOM. ¡Señá Madalena,
venid por acá;
sepa todo el mundo
mi felicidad!
MAG. (Mentira parece,
mas no hay que dudar,

pues de un modo u otro
la bolsa es verdad.)

TOM. *(Abriendo la puerta del foro.)*
¡No estéis en la calle,
amigos, entrad!

CORO H. ¿Qué es esto? ¿qué pasa?
¿Qué ocurre? ¿qué hay?

OTROS ¿Por qué a tales horas
nos mandas entrar?

TODOS ¿Qué es esto? ¿qué pasa?
¿Qué ocurre? ¿qué hay?

TOM. Pues hay... ¡que me caso!

CORO ¿De veras?

TOM. Sí tal.
Aquí está mi novia, *(Presentando a Rosalía.)*
mi suegra aquí está. *(A Magdalena.)*
¡Y aquí estoy yo loco
de felicidad!

CORO ¿La madre consiente? *(Con extrañeza.)*

MAG. ¿Por qué lo extrañáis?
Es mozo y honrado... *(Haciéndole una caricia.)*
nunca pedí más.

TOM. (¡En mi vida he visto
desvergüenza igual!)

CORO (Cuando ella le quiere
por algo será.)

TOM. (Al fin, Rosalía,
te puedo abrazar.)

ROS. (¡Que mira mi madre!)

TOM. No me importa ya.
(La da un abrazo cuando mira Magdalena, que finge no verlo.)

LEON. *(Que ha entrado en escena cuando el Coro, se acerca en este momento a Rosalía y Tomillo.)*
Yo mañana mismo
parto del lugar,
y Dios sabe cuándo
vendré por acá.
En tanto que vuelvo,
aquí continuad,
que vuestros son siempre
mi casa y hogar.

CORO — ¿Te marchas?
MAG.
ROS. — ¿De veras?
TOM. — Y ¿dónde te vas?
LEON. — ¿A dónde? ¡Quién sabe!
yo voy al azar...
por el mundo... ¡en busca
de un sueño quizás!
CORO — (¡Siempre misterioso!
¿A dónde se irá?)
TOM. — Para apadrinarnos,
como es natural,
tu marcha unos días
puedes retardar.
LEON. — ¡Imposible!
TOM. — ¡Basta! *(Aparte.)*
(No me digas más.
Esto es que la bruja *(A Rosalía.)*
le manda marchar.)
CORO — (¡Siempre misterioso!
¿A dónde se irá?)
LEON. — Hoy tanta alegría
no quiero turbar;
de vuestras guitarras
las cuerdas templad,
y hasta que la aurora
empiece a brillar
de la jota a los sones alegres
¡reid y bailad!
TODOS — ¡Reid y bailad!

(Jota. Durante el preludio, Tomillo habla a Leonardo como instándole a que cante, a lo cual accede.)

PRIMERA COPLA

LEON. — No extrañéis, no, que se escapen
suspiros de mi garganta,
la jota es alegre o triste
según está quien la canta.
¡Ay, canto alegre
de mi país,
tal vez ya nunca
te vuelva a oir;

pero si acaso
no te oigo más,
siempre en el alma
resonarás!

TODOS — ¡Esta es la jota
de mi país,
que a todas horas
me gusta oir;
sigue con ella
y ya verás;
al fin y al cabo
te alegrarás.

Hablado.

TOM. — ¡Viva la alegría
y vivan las suegras!
Y venga un abrazo. *(Abrazándola.)*
señá Madalena.

MAG. — ¡No aprietes, borrego!

TOM. — Tengo poca fuerza. *(Sin soltarla.)*
(¡Por eso te libras,
que si la tuviera!...)

SEGUNDA COPLA

LEON. — Como los pájaros cantan
las penas de sus amores,
así canto yo la jota
para aliviar mis dolores.
¡Ay, canto alegre
de mi país, etc.!

TODOS — Esta es la jota
de mi país, etc.

(Durante el estribillo, Tomillo obliga a bailar con él a Magdalena. Risas y alegría de todos. Leonardo se deja caer en el sillón en actitud de profunda melancolía, contrastando con lo alegre del cuadro, que debe ser animadísimo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Plazoleta a la entrada del pueblo. A la derecha, en primer término, la casa del Cura, con emparrado sobre la puerta. En segundo término la iglesia, que hace esquina a una calle. Formando la entrada de ésta, otra casa y detrás el bosque, Al foro, camino real. A la entrada de éste una cruz de piedra. Al foro izquierda, la montaña, con un camino practicable. En la cima, el castillo. A la izquierda la casa de Leonardo, exterior de la decoración del acto primero y llegando hasta el primer término la tapia del corral, cuya puerta da frente al público.

ESCENA PRIMERA

Antes de levantarse el telón se oye el repique alegre de las campanas de la iglesia. ALDEANOS en traje de fiesta.

Música.

CORO

Hoy todos celebran
la Virgen de Agosto
y hay fiesta en el pueblo
con ríos de mosto;
las uvas doradas
espera el lagar;
no hay pena ni duelo
en todo el lugar.

La gente del campo
está satisfecha,
que en trigo abundante
se ve la cosecha.
Los días de invierno
alegres serán,
pues ya están seguros
el vino y el pan.
(Repique de campanas.)

ESCENA II

DICHOS y TOMILLO, que sale de la iglesia.

UNOS — Allí sale Tomillo. *(Reparando en él.)*
OTROS — ¡Qué triste viene!
TODOS — Vamos a preguntarle
qué es lo que tiene. *(Acercándose a él.)*
¿Por qué tan caviloso
vienes de allí?
TOM. — Yo tengo mis motivos,
oid, oid.
CORO — (¿Qué le pasará?
¿Por qué vendrá así?)

TOM. — A los nueve meses
de haberme casado
un niño nació;
y aunque fué tan pronto,
la verdad, amigos,
no me sorprendió.
CORO — ¡Claro está que no!
TOM. — A muy poco tiempo
en cinta mi esposa
volvióse a encontrar:
mas el caso entonces
no tenía nada
de particular.
CORO — ¡No era de extrañar!
TOM. — Yo al saberlo dije:
—Otro hijo tenemos,
¡bendito de Dios!
Pero llega el trance

yo esperaba un chico...
y nacieron dos.

CORO ¡Todo sea por Dios!

TOM. Esto ya me asusta,
pues mi amada esposa
tan fecunda es,
que me estoy temiendo
que dentro de un año
me regale tres.

CORO ¡Harto fácil es!

TOM. ¡Vaya si lo es!

ESCENA III

DICHOS, ROSALÍA y MAGDALENA y CORO de ALDEANAS. Cada una de aquéllas trae en brazos un niño en mantillas.

ALDEANAS Ya presentó a la Virgen
la madre cariñosa
los vástagos que el cielo
le concedió:
que muchos años vivan
y sean muy cristianos,
y ricos y felices
los vea yo.

MAG. / ROS. ¡Gracias!

TOM. ¡Mil gracias!

CORO Reciban, pues,
abuela y padres
el parabién.

TOM. / MAG. / ROS. ¡Gracias, mil gracias!

ALDEANOS ¡Cómo ha de ser! *(A Tomillo.)*
Ya tendrás cuatro,
si hoy tiene tres.

(Magdalena, con uno de los niños, queda en el centro del grupo de mujeres; una de éstas con el otro niño entre el grupo de hombres, y en medio

de éstos y el de mujeres, Tomillo y Rosalía, que miran entusiasmados cómo hacen caricias a sus hijos.)

CORO ¡Ved qué hermosotes
y qué rollizos;
son dos mantecas
los dos mellizos!

HOMBRES ¡Qué ojazos negros
tan habladores,
y qué carrillos
y qué colores!
(Haciéndoles fiestas.)
¡Ajito al nene,
ajito, ajito!
¡Qué gracia tiene
el angelito!
¡Ajito, ajito,
ajito, ajó!
¡Ven, chiquirritito,
que te quiero yo!

MUJERES En lo robusto
sale a su madre;
pero los ojos
son de su padre.

HOMBRES No niega el chico
la parentela,
pues las narices
son de su abuela.
¡Ajito al nene,
ajito, ajito!
¡Qué gracia tiene
el angelito!
¡Ajito, ajito,
ajito, ajó!
¡Ven, chiquirritito,
que te quiero yo!

TOM. *(Aparte a Rosalía.)*
Dos años hace
que nos casamos,
y como entonces
nos adoramos.

ROS. Yo aun más te quiero
que el primer día,

TOM. Tú eres mi gloria,
esposa mía.
ROS. Nunca me falte
tu cariñito.
TOM. También el tuyo
lo necesito.
LOS DOS ¡Ajito, ajito,
ajito, ajó!
ajó, ajó!
ROS. ¡Ven, mi maridito,
que te quiero yo!
(Abrazándose.)
TOM. ¡Ven, cuerpo bonito,
que te quiero yo!
CORO ¡Ajito, ajito,
ajito, ajó!

Hablado.

ALD. 1.º *(A Magdalena.)* ¡Abuela, que se le cae la baba!

MAG. ¡Claro que sí y a mucha honra; que nietos más hermosos no los ha tenido nadie en el mundo! ¡Húy, qué ricos! *(Haciéndoles fiestas y cogiendo a los dos en brazos.)*

TOM. ¡Gracias a este prójimo!

ROS. ¡Miren el presumido!

TOM. ¡Y a esta rosa de mayo! *(Dando cariñosamente con la mano en la cara de Rosalía.)*

ROS. ¡Déjame, tonto!

MAG. ¡Ea, ea; a casa todos, que ya nos espera el agasajo! Chocolate y panales para las mujeres y para los hombres un tinto de la Rioja que tiene más años que yo.

TOM. ¡Pues ya será viejo!

MAG. ¡Andando, andando!

ALD. 4.º Nosotros aceptamos el ofrecimiento; pero después del partido. Para lanzar bien la pelota se necesita tener la cabeza fresca y el pulso sereno. ¿Es verdad, muchachos?

VARIOS ¡Verdad, verdad!

TOM. Bueno, pues beberéis después a la salud de esos dos muñecos, para que se críen sanos y robustos, y, andando el tiempo, no tengan miedo en el fron-

tón a los que vengan de Vizcaya y Guipúzcoa para medir sus fuerzas con los del Roncal.

MAG. Pues a casa nosotras.

(Las mujeres viejas y algunas jóvenes, con Magdalena y Rosalía, entran en la casa de la izquierda.)

ALD. 4.º ¡Y nosotros a la plaza!

TOM. *(Que se ha acercado a la casa del Cura.)* ¡Señor Cura, dese prisa, que ya le esperan!

(Vase el coro de hombres y el resto de las mujeres por la derecha, menos los aldeanos 1.º, 2.º y 3.º)

ESCENA IV

TOMILLO y ALDEANOS 1.º 2.º y 3.º

ALD. 1.º Oye, Tomillo.

TOM. ¿Qué hay?

ALD. 1.º Tú que tienes confianza con el señor Cura, ¿por qué no le preguntas si es cierto lo que se cuenta por ahí?

TOM. ¿Y qué es lo que se cuenta?

ALD. 1.º Pues también debes haberlo oído, porque en Pamplona has estado, y en toda la ciudad no se habla de otra cosa.

TOM. Pero ¿qué es ello?

ALD. 2.º Que el Rey, que Dios guarde, está hechizado.

TOM. ¡Toma, toma; pues si eso lo saben en todas partes!

ALD. 1.º ¿Y has hablado de ello con el señor Cura?

TOM. ¡Claro que sí!

ALD. 3.º ¿Y qué dice?

TOM. No dice nada.

ALD. 2.º Pues no puede decir menos.

TOM. Cuando he querido hablarle del asunto, me ha contestado siempre lo mismo: "Pide a Dios por el Rey en tus oraciones y compadécele, porque es muy desdichado."

ALD. 1.º Ayer en la ciudad se decía que había ido a la corte desde lenguas tierras un fraile capuchino, para sacarle los demonios del cuerpo a Su Majestad.

ALD. 2.º Pero ¿será verdad que los tiene dentro?

ALD. 1.° Eso aseguran, y que todo ello ha sido obra de una hechicera bruja.

ALD. 1.° *(Mirando con temor hacia la montaña.)* Acaso la del castillo, porque dicen que los maleficios alcanzan a muy lejos.

TOM. ¡No digas disparates! Esa no hace daño.

ALD. 1.° ¡Claro! ¿Tú que has de decir?

ALD. 2.° Como a tí no te ha hecho más que favores...

TOM. ¿A mí?

ALD. 3.° Y te proteje siempre que la necesitas

TOM. Si yo ni la oigo, ni la veo, ni la entiendo desde antes de casarme.

ALD. 1.° Anda, anda, díselo a quien te crea.

TOM. Os aseguro que... *(Yendo a la casa.)* ¡Señor Cura, que se enfría el chocolate!

ALD. 2.° Se conoce que no te agrada la conversación.

TOM. Como que no decís más que simplezas. *(De pronto.)* Y aunque fuera cierto que la tal bruja siguiera en el castillo, deberíais todos en el pueblo no mentarla sino con respeto. Cuando ha poco se incendiaron las dos casas de la ribera, sin que de ellas quedase más que escombros, bien sabéis que sobre las ruinas se encontró un bolsón con escudos bastantes para reedificar cuanto se había quemado.

ALD. 1.° Eso es cierto.

TOM. Y ¿quién sino ella podía haberlos dejado de una manera tan misteriosa?

ALD. 1.° Tal creímos todos.

TOM. ¿Y cuando el año pasado la peste azotó la comarca? Solos quedaron los vecinos enfermos con el señor Cura y los médicos que vinieron de la ciudad, y ya sabéis que los apestados dicen que la bruja les curó con sus propias manos.

ALD. 1.° Eso es mucha verdad.

TOM. Así, pues, punto en boca, y si es cierto que sigue en el castillo, allá se las haya y no hablemos mal de ella, que algún día podemos necesitarla.

ALD. 2.° Tiene razón Tomillo.

TOM. Señor Cura... *(Yendo hacia la casa.)*

ESCENA V

DICHOS y el CURA

CURA — ¡Aquí estoy ya, hombre, aquí estoy ya! Buenas tardes, muchachos.

ALDEANOS — Buenas nos las dé Dios.

CURA — Vamos cuando quieras.

ALD. 1.º — ¿No faltará su merced al partido, eh?

CURA — ¡Qué he de faltar! Pues si yo tuviese veinte años menos... ya veríais lo que era un jugador. En mis tiempos, manejando la barra o haciendo botar la pelota, no había quien me aventajara; pero ya... Vamos a tomar el chocolate.

ALDEANOS — Hasta luego, señor Cura; adiós, Tomillo.

TOM. — Venid a casa, echaréis un trago y después nos iremos todos juntos.

ALD. 1.º — Por mí, andando.

ALD. 1.º / ALD. 2.º — Vamos allá. *(Entran todos en la casa de la izquierda.)*

ESCENA VI

SIETE JUGADORES de pelota roncaleses por la derecha, con los brazos arremangados. Después otros SIETE VIZCAINOS, que salen por el foro.

Música.

JUG. RON. —
En la plaza ya la gente
grita y bulle y alborota,
que aguardando está impaciente
el partido de pelota.
Jugadores de Vizcaya
han venido desde allá;
mas sabrán poner la raya,
como siempre, los de acá.

JUG. VIZ. —
¡¡Eso allí *(Presentándose.)*
se verá!

RON. —
¡¡Eso sí,
claro está!

VIZ. —
De Vizcaya hemos llegado
sin temor a la derrota,
que jamás nos han ganado
en el juego de pelota.

Ya se cruzan las apuestas
que dan brío al jugador,
y las manos están prestas
a aplaudir al vencedor.

RON. ¡A ganar
sin temor!
¡A jugar
con ardor!

(Avanza de cada uno de los grupos dos jugadores. Los bandos siguen con interés el partido. Los cuatro jugadores figuran hacer botar la pelota sobre el suelo y recogerla en el aire, lanzándola sobre la pared de derecha a izquierda. Vizcaínos y roncaleses, cuando juegan los de su bando, siguen con la vista la marcha ilusoria de la pelota. El ruido que producen los golpes de ésta, debe simularse desde la concha del apuntador y entre bastidores a la izquierda, y oirse clara y distintamente.)

RON. ¡Saca ya!
¡Buena va!

VIZ. ¡Rebotó!

RON. ¡No se irá!

VIZ. ¡Cógela!
¡Firme da!

RON. ¡La alcanzó!

RON y VIZ ¡Ganará!

RON. ¡Ande la pelota!
¡Mira cómo bota!

VIZ. ¡Vaya un sotamano!
¡Dale otro revés!

RON. ¡Buen botiboleo!
¡Sigue con deseo,
prueba que no en vano
eres roncalés!

VIZ. ¡Siéntale la mano;
vence al roncalés!

RON. Si le das
ganarás.

VIZ. ¡No pasó
del *escás!*

RON. ¿Dónde vas?
¡Paso atrás!

VIZ. ¡La ganó!
RON. ¡Quince más!
(Cada uno de los jugadores se incorpora a su bando.)
TODOS ¡Se comprende que haya
entusiasmo igual
por los de Vizcaya
y los del Roncal!
(Unidos de cuatro en cuatro, interpolados, vizcaínos y roncaleses, abrazándose por la cintura vanse por la derecha.)

ESCENA VII

ALDEANO 1.º, que asoma a la puerta. Después Aldeanos, ROSALIA, MAGDALENA y el CURA. Luego TOMILLO.

Hablado.

ALD. 1.º ¡Ya van los jugadores a la plaza! ¡Salid todos!
ALD. 2.º Vamos allá, no lleguemos tarde.
(Vanse por la derecha los hombres y las mujeres que entraron antes en la casa, menos las viejas.)
ALD. 3.ª Apuesto dos blancas por los del pueblo.
CURA *(Yendo tras ellos.)* ¡Si yo tuviera veinte años menos, ya se lo diría a los vizcaínos!
TOM. ¡Hasta luego, Rosalía!
ROS. ¡Espérate, que ahora haces falta en casa!
TOM. ¿Para qué? ¿Para ver hartarse de bizcochos a esas viejas tragonas? ¡Ya les daría yo chocolate! Rejalgar...
MAG. Es preciso que prepares el refresco para los mozos, que vendrán luego. *(Con amabilidad.)* Y además, habiendo en casa gente de fuera, no parece bien que el amo se vaya. *(Entra en la casa.)*
TOM. *(A Rosalía.)* Sólo en ocasiones como ésta, es cuando dice tu madre que yo soy el amo.
ROS. Ya sabes tú que lo eres de todo.
TOM. Con serlo tuyo tengo yo bastante, cordera mía.
ROS. Anda, borrego. *(Empujándole hacia la casa.)*
TOM. (Cada día la quiero más.) *(Entrando en la casa.)*

ESCENA VIII

LEONARDO, de capitán de los tercios de Italia. Aparece por el camino real y se detiene a la entrada de la plaza.

Música.

Todo está igual. Parece que fué ayer
el día que partí.
¡Con qué placer
te vuelvo a ver,
risueña aldea
en que nací!

Allí la cruz donde me fuí a postrar
con santa devoción;
allí la iglesia en que aprendí a rezar
la primera oración.
El campo que allá ufano recorrí
alegre en mi niñez;
allí la senda que cruzar la ví
por la postrera vez.
El bosque allá que encantos me ofreció
de plácida quietud;
allí el hogar donde feliz soñó
mi ardiente juventud.

Todo está igual. Parece que fué ayer
el día que partí.
¡Con qué placer
te vuelvo a ver,
risueña aldea
en que nací!

ESCENA IX

DICHO y TOMILLO que sale de la casa.

Hablado.

TOM. ¿Qué es lo que ven mis ojos? Pero, ¿no es un sueño? ¡Leonardo! Sí, es él. *(Llamándole.)* ¡Leonardo!

LEON. ¡Tomillo!

TOM. ¡Tú capitán!

LEON. De arcabuceros de los tercios de Italia.

TOM. No vuelvo de mi asombro.

LEON. Ven a mis brazos y estrecha entre los tuyos a un verdadero amigo.

TOM. ¡Con toda mi alma! *(Se abrazan.)* Pero... la verdad, me infundes respeto.

LEON. Cariño quiero sólo inspirarte.

TOM. Sabes que siempre te lo tuve.

LEON. Ya lo sé.

TOM. ¡Ven, ven a tu casa! Están ahí la familia y unas vecinas... ¡qué sorpresa va a ser para todos!

LEON. Quiero no ser visto de nadie. La impaciencia y el deseo de visitar estos sitios que me son tan queridos, que están para mí tan llenos de dulces memorias, me han impulsado, contra mi voluntad, a venir antes de la noche.

TOM. Vamos, que te estoy mirando y me parece un sueño. No extrañes el verme con la boca abierta.

LEON. Dime en pocas palabras lo que ha ocurrido durante mi ausencia. ¿Te casaste?

TOM... ¡Pues ya lo creo!

LEON. ¿Y tienes algún hijo?

TOM. Tres.

LEON. ¡Cómo es posible! En este tiempo...

TOM. Si te retrasas un poco más, me hallas con media docena... Primero uno, luego dos y luego... lo que Dios disponga.

LEON. ¿Y eres feliz?

TOM. Hasta con mi suegra. Esa casa es el nido de la felicidad. Compré el molino, trabajé con fortuna y hoy ya no guardo ovejas sino que me las como.

LEON. Me llenas el alma de regocijo.

TOM. Hasta la señá Madalena ha dejado de gruñir. ¿Querrás creerlo? Sus nietos la han domesticado. Son tres capullos de rosa, tres angelitos del retablo de la iglesia. Hoy, cumplidos los cuarenta días del nacimiento, ha presentado Rosalía los dos mellizos a la Virgen y ahí están las vecinas festejando el caso. ¡Anda, entra y conocerás a mis tres retoños!

LEON. Ya los veré, déjame ahora.

TOM. ¿Y tú? ¿Por dónde has andao todo este tiempo?

Viendo que pasaban los meses y los años sin saber de tí, por muerto te dimos, rezamos un Padre nuestro por tu alma y... se llenaron de lágrimas muchos ojos.

LEON. Sí lo creo.

TOM. Los míos no quedaron enjutos.

LEON. ¡Pobre Tomillo! *(Abrazándole.)*

TOM. Con que, vamos, dime lo que ha sido de tí, que aún no me doy cuenta de ese uniforme y de esa banda.

LEON. Antes contesta a una pregunta.

TOM. *(Después de una pausa y de mirar al castillo.)* Sin novedad.

LEON. ¿Cómo?

TOM. En el castillo; no baja más que cuando la llamo.

LEON. ¡Me has adivinado!

TOM. ¡Pues podía no comprenderte!

LEON. El son de mi bocina...

TOM. Es la llamada a que siempre acude. Ni una vez ha faltado; es mi protectora, mi bien, mi guía.

LEON. ¿Habéis hablado de mí?

TOM. Cuantas veces la he visto. "¿Tienes noticias de Leonardo?" me pregunta, y al oirme contestar negativamente, no habla más de tí. Ya sabes que ella gasta pocas palabras. "¿Qué deseas?" Tal cosa. "Toma, agur y se acabó." Cuando nació mi primer chiquillo la dije: "Señora, yo deseo que seais su madrina." Soltó una carcajada y contestó: "Eso no puede ser." ¿Por qué? "Porque el nombre de la madrina ha de escribirse en la fe de bautismo, ¿y qué nombre pondrías?" Me quedé sin saber qué contestarle, y entonces me dijo: "Lo que sí quiero, es que el niño se llame Leonardo."

LEON. ¿De veras? *(Con alegría.)*

TOM. Y así se llama. Ya le verás; colorado como una manzana, y con unos carrillazos, que parece estar siempre tocando la trompeta.

LEON. ¿De modo que ella, por lo visto, no se olvida de mí?

TOM. ¡Qué ha de olvidarse!

LEON. ¡Bendita sea! Le debo mi suerte.

TOM. ¡Me lo figuraba! Como yo la mía.

LEON. Llegué a Italia; presenté al duque de Saboya el anillo que ella me dió y en el acto tuve lugar honroso en las filas del ejército. No hubo acción de guerra en que yo no ocupase el puesto de mayor peligro; combatía con el arrojo del que todo lo espera y nada teme, y al conseguir cada victoria, el general, concediéndome el premio merecido, me repetía siempre estas mismas palabras: "Bien, Leonardo; así se logra todo en el mundo: tú alcanzarás lo que te ha prometido la Bruja." Y al nombrarla se sonreía.

TOM. ¿De modo que le contaste la historia?

LEON. Tal como la referí en secreto el día de mi marcha.

TOM. Y tal como la he guardado, sin que en el mundo la sepa nadie más que yo.

LEON. Las heridas que llenan mi cuerpo atestiguan el valor con que me he lanzado a la pelea. Todo me parecía poco para merecer el amor de aquel ser ideal cuya imagen no se borra de mi memoria. Al fin, pocos días hace, el duque de Saboya me llamó a su presencia y cruzando con esta banda mi pecho, así me dijo: "Vuelve a España; ya eres digno de la mujer por quien has combatido; vé a deshacer su encanto y que el cielo os conceda a los dos toda la ventura que merecéis." Y aquí me tienes.

TOM. ¿Pero... tú esperas que el hechizo se deshaga y que ella?...

LEON. Lo espero todo. La fe que me ha sostenido en la lucha, no ha de abandonarme cuando más la necesito.—¿Dudas tú acaso?

TOM. Yo... la verdad, como la veo así tan viejecica y tan encorvada, me parece mentira que pueda echar de sí el peso de tantísimos años. ¡Porque cuidado que está consumida! Más que cuando te fuiste. Ella es muy buena, una santa, un ángel; pero... parece una castaña pilonga.

LEON. ¡Mi amor, mi constancia y mi fe, le volverán la juventud y la belleza!

TOM. ¡Dios lo haga... y de salud te sirva!

LEON. ¿Ella continuará no apareciendo más que por las noches?

TOM. De día, aunque la haya llamado, no ha venido nunca.

LEON. Pues yo he de verla hoy mismo. Dame la bocina, subiré al castillo y en cuanto anochezca la llamaré.

TOM. Pero antes ven a casa. No necesitas ver a la gente. Entraremos por la corralada y pasas a tu habitación que está tal como la dejaste. Así coges tú mismo la bocina.

LEON. ¡Sea; vamos!

TOM. Y verás a mis chiquillos; tres terneros, aunque sea mala comparación.

LEON. ¡Sí los veré, hombre, sí los veré!

TOM. Entra, entra. (Pues señor, le estoy viendo con ese traje y me parece mentira. ¡El poder de la bruja es mucho más grande de lo que todos creíamos.) *(Vanse por la puerta del corral que da frente al público.)*

ESCENA X

ROSALIA, después TOMILLO

ROS. ¡Tomillo! ¡Tomillo! De seguro se ha ido a la plaza.—Ha hecho bien. El pobrecillo no se divierte nunca; justo es que aproveche un día de fiesta como el de hoy. Siempre metido en casa; siempre trabajando. Es más bueno que el pan... En fin, ¡cuándo hasta mi madre lo reconoce...! *(Se ha acercado hablando hasta el primer término. Tomillo, que sale por la puerta de la corralada, la llama en voz baja.)*

TOM. ¡Rosalía!

ROS. ¡Tomillo! ¿Qué haces ahí?

TOM. ¡Chist! ¡Ven acá! *(En voz muy baja toda esta escena y la siguiente.)*

ROS. ¿Qué quieres? *(Acercándose.)*

TOM. ¿Dónde está tu madre?

ROS. Con las vecinas.

TOM. ¿Todavia están tomando chocolate?

ROS. Charlando en la cocina y bebiendo limonada.

TOM. Esas por tragar...

ROS. ¿Pero qué pasa?

TOM. Prepárate para una gran sorpresa.

Ros. ¿Yo?

Tom. Sí. No vayas a asustarte y lo paguen luego los chiquillos.

Ros. ¡Pero qué sucede?

Tom. Que vas a ver a una persona que... ¡en fin... mira!

ESCENA XI

DICHOS, LEONARDO que aparece en la puerta. Lleva la bocina colgada a la bandolera como en el primer acto. Empieza a anochecer.

Ros. ¡Jesús! ¡El! ¡Tú! ¡Leonardo!

Leon. ¡Rosalía! *(Abrazándola.)*

Ros. ¡Tú aquí y en ese traje!

Leon. ¡Yo mismo, yo!

Ros. ¡Oh, qué alegría! ¡Madre, madre! *(A voces.)*

Tom. *(Tapándole con la mano la boca.)* ¡Calla, mujer, que no quiere que le vean!

Leon. *(A Tomillo con rapidez.)* Voy al castillo por el atajo. Volveré a la noche. ¡Adiós! *(Vase por el primer término izquierda.)*

ESCENA XII

DICHOS, menos LEONARDO; luego MAGDALENA.

Ros. Pero...

Tom. Calla; yo te explicaré lo que pasa.

Mag. *(Saliendo.)* ¿Qué es eso? ¿Por qué me llamabas?

Ros. Porque... *(Turbada.)*

Tom. Porque... Ya vuelve la gente de la plaza. *(Yendo hacia la derecha.)* Vamos a ver quién ha ganado.

Mag. ¡Válgame Dios! Creí que pasaba algo.

Ros. No vuelvo de mi asombro. *(Se acerca a Tomillo, y mientras entra el coro, habla con él)*

ESCENA XIII

DICHOS y CORO GENERAL

Música.

Coro
Al cabo los del pueblo
salieron vencedores,

y vuélvense a Vizcaya
los otros jugadores.
No cabe la alegría
que el noble triunfo da;
en danza, pues, muchachos,
el baile empiece ya.

(Colócandose en primer término el tamborilero y el que toca la dulzaina.)

TOM. Yo de pareja con mi mujer,
otra no encuentro que haya mejor;
tal vez por eso llegan a ser
tantas las pruebas de nuestro amor.

ROS. Yo su pareja prefiero ser,
no hay aquí mozo más bailador;
anda, Tomillo, que tu mujer
contigo siempre baila mejor.

(Bailan Rosalía y Tomillo. Zortzico.)

ESCENA XIV

DICHOS, el INQUISIDOR y SEIS ESBIRROS que aparecen al foro. Suspéndese el baile. Los aldeanos se agrupan sorprendidos y atemorizados.

INQ. Seguid, seguid bailando.
No interrumpáis la fiesta.
¿En dónde la morada
del señor Cura está?

CORO Ahí vive el señor Cura. *(Señalando a la casa.)*

INQ. Seguid, seguid la danza

(Entra con los esbirros en casa del cura.)

CORO ¡Qué miedo! ¡El Santo Oficio
aquí ¿qué buscará?

TOM. No os asustéis, muchachos,
que en este pueblo todos
somos cristianos viejos
y nada hay que temer.
De fijo va de paso,
y a descansar un poco
y ver al señor Cura
se quiso detener.

ELLAS — Eso es verdad.
ELLOS — No hay que temer.
TODOS — Siga el zortzico.
En baile, pues.

ROS.
ELLAS } Siempre mi mozo lleva a compás
el arogante cuerpo gentil,
anda, moreno, muévete más,
cansa a la gaita y al tamboril.

TOM.
ELLOS } Cuando se enciende roja la tez,
son tus mejillas rosas de Abril;
anda, morena, vuelve otra vez,
cansa a la gaita y al tamboril.

(Baile general. Anochece por completo.)

ESCENA XV

DICHOS, el INQUISIDOR, el SEÑOR CURA y los ESBIRROS, que salen de la casa. El Cura hablando con el Inquisidor señala al castillo.

Hablado.

INQ. — No me digáis más, señor Cura. Comprendo que la edad y los achaques no os permitan hacer tan penosa ascensión. Basta con que alguno del pueblo me sirve de guía.

CURA — Yo lo buscaré. Muchachos, ¿quién de vosotros quiere acompañar al señor Inquisidor hasta el castillo? *(Los aldeanos retroceden como asustados.)*

TOM. — (¡Al castillo!) ¡Vienen a prenderla. *(Aparte a Rosalía.)*

ALD. 1.º — A estas horas...

ALD. 2.º — Pronto será noche cerrada.

INQ. — Llevamos linternas.

CURA — No extranéis su temor...

ALD. 1.º — Subir de noche allá...

INQ. — Basta. Venid todos. Así será menor su miedo y verán algo que les sirva de provechoso ejemplo en bien de nuestra santa religión. Aguardadme ahí dentro, señor Cura. ¡Vamos al castillo!

CURA ¡Hijos míos, obedeced! (¡No puedo salvarla! ¡Rogaré a Dios por ella!) *(Entra en la Casa.)*

ESCENA XVI

DICHOS menos el CURA

Música.

CORO *(Siguiendo al Inquisidor y los esbirros, que empiezan a subir por la montaña. Tomillo detiene a Rosalía que va a seguirlos.)*

Marchemos todos
sin dilación,
que así lo ordena
la Inquisición.
Andando, andando,
vamos allá;
la noche oscura
cayendo va. *(Desaparecen.)*

Hablado.

ROS. ¡Tomillo!
TOM. ¡No hay que dudar!
ROS. Nosotros...
TOM. Silencio ahora.
Hoy a nuestra protectora
es necesario salvar.
A escape vamos los dos;
ellos por el monte bajo,
nosotros por el atajo,
¡y que nos proteja Dios!
(Echan a correr y vanse por donde antes Leonardo.)

Música.

MUTACIÓN A LA VISTA

CUADRO TERCERO

Meseta en la cima de la montaña. A la izquierda el castillo. A la derecha ruinas. Al fondo el horizonte. Luz de luna que se oscurece al primer toque de bocina de Leonardo.

ESCENA XVII

LEONARDO por la derecha.

LEON. *(Deteniéndose.)*
¡Por fin llegué! ¡No hay nadie!
¡Qué triste soledad! *(Pausa.)*
¡Ay Dios! ¿Por qué mi pecho
tan agitado está?
Tranquilo en cien combates
buscó la muerte audaz,
y hoy tímido lo siento
medroso palpitar.
¿Qué es esto? ¡Yo cobarde!
¡Valor, no dudo más!
(Cogiendo la bocina que trae colgada a la bandolera.)
A ver, si al fin mi sueño
se cambia en realidad.
(Toca la bocina. El eco repite el sonido dos veces.)
El eco a la llamada
responde nada más.
Mi fe, tan viva siempre,
empieza a vacilar.
(Toca otra vez. Abrese la puerta del castillo y aparece la bruja.)
¡Ah!

ESCENA XVIII

DICHO y LA BRUJA

BRUJA ¿Qué miro? ¡Sí, Leonardo!
LEON. ¡Rendido a vuestros pies! *(Arrodillánose.)*
BRUJA ¡Tu pecho con tal banda! *(Acercándose a él.)*
LEON. Por vos la conquisté.

BRUJA ¡Por mí!

LEON. Por vos tan sólo.
Mi gloria vuestra es. *(Levántase.)*

BRUJA (No en vano su esperanza
mi amor cifraba en él.)

LEON. Por vos en el combate,
cien veces y otras cien,
luchando valeroso,
victorias alcancé.
Aquí a buscaros vengo,
a mi palabra fiel:
veremos si la vuestra
sabéis cumplir también.

BRUJA ¿Lo dudas?

LEON. Yo no dudo;
mas pienso que tal vez
lograr aún no merezca
el anhelado bien.

BRUJA ¡Oh, sí! Tu fe consigue
mi encanto deshacer;
al fin, del negro hechizo
hoy libre me veré.

LEON. ¿De veras?

BRUJA Sí, Leonardo.

LEON. ¡Oh, Dios, no me engañéis!

BRUJA Por ti rejuvenezco,
por ti vuelvo a mi ser.
Hoy mismo, ante tus ojos
huyendo la vejez,
como me viste en sueños
me volverás a ver.

Circula en mis venas
la sangre ya hirviente,
prestándome grato
su vivo calor;
el cuerpo caduco
brioso se siente
y agitan mi pecho
latidos de amor.
En olas de fuego
me inunda la vida,

de doble ventura
gozando a la par;
en mí se despierta
el alma dormida,
y alegre me dice:
¡ya puedes amar!

LEON. Así de vos ausente
se realizó mi sueño,
fingido por la mente
con pertinaz empeño.
Yo os vi en gentil doncella
mil veces transformada,
esplendorosa y bella
mirarme enamorada.
Mas, ¡ay! que presto huía
la mágica ilusión,
y el nuevo sol desvanecía
la celestial visión.

BRUJA No alimentaste en vano
esa ilusión hermosa,
verás como el gusano
se trueca en mariposa.
Verás cuan se desprende
la ninfa entre las flores,
y ufana al aire tiende
sus alas de colores.
Buscando el bien que adora
sin ser dueña de sí,
como a la luz que la enamora
irá volando a ti.

LEON. Buscando el bien que adora
sin ser dueña de sí,
como a la luz que la enamora
vendrá volando a mí.

BRUJA ¡Oh, juventud, florida primavera
llena de amor, de aromas y de luz;
vuelve a mi ser, alegre mensajera
de dicha y paz, ¡bendita juventud!
El corazón, que suspiraba esclavo,
late otra vez con juvenil ardor.

LOS DOS Ya soy feliz, porque se torna al cabo
en realidad el sueño de mi amor.

BRUJA ¡Je, je, je, je, je! *(Riendo burlonamente.)*
LEON. ¿Reís? ¿Por qué?
No deshagáis mi encanto;
¡por Dios, no me engañéis!
BRUJA ¡Como me viste en sueños
me volverás a ver!
LEON. ¡La juventud ansiada
recobre vuestro ser!

BRUJA ¡Ese rumor! *(Escuchando.)* ¡Silencio!
LEON. Gente se acerca. *(Mira desde la derecha.)* ¡Sí!
¡Tomillo y Rosalía!
LOS DOS ¿A qué podrán venir?

ESCENA XIX

DICHOS, TOMILLO y ROSALIA, que jadeantes, aparecen por la derecha.

TOM. ¡Leonardo!
ROS. ¡Señora!
LEON. ¡Vosotros aquí!
TOM. / ROS. Sin fuerza ni aliento
llegamos al fin.
LEON. ¿Por qué tal espanto?
BRUJA ¿Qué ocurre, decid?
TOM. / ROS. *(A la bruja.)*
¡Qué estais en peligro!
Que vienen ahí.
ROS. ¡Que suben!
TOM. ¡Que os buscan!
ROS. ¡Salvaos!
TOM. ¡Huid!
LEON. ¿Quién llega?
BRUJA ¿Quién viene?
LEON. / BRUJA ¿Qué pasa, decid?
TOM. / ROS. ¡Oid!
LEON. / BRUJA ¡Hablad!
TOM. / ROS. ¡Oid, oid!
ROS. / TOM. De la ciudad al pueblo,,
al ponerse el sol,

llegó con seis esbirros
  un Inquisidor.
Que vienen a prenderos
  lo sabemos ya,
por bruja y hechicera
  y no sé qué más.
Pensadlo bien, señora,
  ¿qué va a ser de vos
cogida entre las garras
  de la Inquisición?
¡Montaos en la escoba
  que tendréis ahí,
y a escape, antes que lleguen,
  por el aire huid!

CORO INT. Andando, andando,
llegamos ya;
la noche triste
y oscura está.

TOM. ¡Ya suben!
ROS. ¡Ya vienen!
TOM. ¡Ya llegan!
ROS. ¡Oís?
LEON. En defensa vuestra
  sabré yo morir.
(Yendo a desenvainar el acero.)
BRUJA ¿Quieres, insensato, *(Deteniéndole.)*
  perderte por mí?
Contra el Santo Oficio
  no oses combatir;
yo sabré salvarme.
  Aguardad aquí.
(Entra en el castillo, cuya puerta se cierra.)

ESCENA XX

LEONARDO, TOMILLO y ROSALIA

LEON. ¡Qué hará, santo cielo!
ROS. ¡Ya llegan, oid!
TOM. Mejor observamos
  ocultos allí.
(Ocúltanse detrás de las ruinas de la derecha, primer término.)

ESCENA XXI

DICHOS y el INQUISIDOR. CORO GENERAL y los ESBIRROS, que traen encendidas las linternas, única luz que alumbra la escena. Aparecen por el foro, subiendo del foso, y avanzan lentamente.

CORO — *(En voz muy baja.)*
Nada se oye,
nadie aparece,
todo es silencio,
sombra y horror;
yo no venía
solo a este sitio
si me valiera
la salvación.

¡Qué triste aspecto
tiene el castillo,
sólo el mirarlo
miedo me da!
Trasgos y duendes
a media noche
de entre las piedras
deben brotar.

INQ. — ¡Ah del castillo! *(Pausa.)*

CORO — Nadie responde.

LEON., TOM., ROS. — (¡Si dan con ella
no hay salvación!)

INQ. — ¡Al Santo Oficio
las puertas abra
que aquí la busca
la Inquisición. *(Pausa.)*

CORO — Nadie contesta.
No se oye nada.
Tal vez la bruja
durmiendo está.

INQ. — ¡Ah del castillo!
(Aproximándose a él.)

CORO — ¡Callad, silencio!
¡La puerta se abre!
(Retrocediendo aterrorizados.)

¡Ahí sale ya!

(La luna, que sale en este momento, ilumina la escena completamente. La bruja, transformada en bellísima joven, con blanca vestidura, aparece y se detiene a la puerta del castillo.)

TODOS ¡Ah!

LEON. (¡Es ella! ¡El angel
de mi ilusión!)

CORO (¡Qué peregrina
aparición!) (A un tiempo.)

INQ. (¡Qué inesperada
transformación!)

TOM. (¡Yo quedo mudo
de admiración.)

BRUJA Soy Blanca de Acevedo,
de este castillo dueña,
hija del noble anciano
que desterrado fué;
huérfana, triste y sola
bajo un disfraz vivía;
por no ir a tierra extraña
refugio aquí busqué.

INQ. Las gentes os acusan
de horribles sortilegios
y pactos que condena
la santa religión;
de mágicos conjuros,
hechizo y brujería,
y a su presencia os llama
por mí, la Inquisición.

BLANCA Señor, soy inocente,
yo no hice a nadie mal.

INQ. ¡Os prendo aquí en el nombre
del Santo Tribunal!
(A los esbirros señalando a la bruja.)
Apoderaos de ella
y en marcha todos ya.

LEON. *(Desenvainando la espada y presentándose.)*
¡Quien toque a esa doncella
muerto a sus pies caerá!

CORO ¡Es él! *(Retrocediendo sorprendido.)*

INQ. ¡Desventurado!
¡El arma con furor

alzáis contra un sagrado
ministro del Señor!

LEON. ¡Justicia sólo os pido
o a hacerla voy por mí!

CORO (¿De dónde habrá venido?
¿Por qué aparece así?)

INQ. *(Cogiendo a Blanca por un brazo.)*
¡Quien defenderla intente
no alcanzará perdón,
que atrae sobre su frente
la eterna maldición!

ROS.
TOM.
CORO } ¡Atrae sobre su frente *(Aterrados.)*
la eterna maldición!

BLANCA Humilla ya tu acero; *(A Leonardo.)*
yo absuelta volveré.

LEON. *(Dejando caer al suelo la espada.)*
¡Morir contigo quiero!

BLANCA ¡En Dios y en mí ten fe!
(Se coloca entre los esbirros que la sujetan.)
¡Veremos realizado
el sueño de los dos!
(Se la llevan hacia el foro.)

LEON. ¡Adiós, mi bien amado!

BLANCA ¡Leonardo mío, adiós! *(Volviéndose.)*

LEON. ¡Adiós!

BLANCA ¡Adiós!

CORO *(En voz muy baja y marchando tras el Inquisidor y Blanca.)*
(¡Quien defenderla intente
no alcanzará perdón,
que atrae sobre su frente
la eterna maldición.)

BLANCA . ¡Adiós!

LEON. ¡Adiós!

(Leonardo, para no caer, se apoya sobre las ruinas. Tomillo y Rosalía contemplan con temor a los que se van. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

Sala baja en la Ciudadela de Pamplona. Puertas laterales. A la derecha una mesa. Sentados a ella varios oficiales beben. Leonardo, separado de ellos y meditabundo. Es de noche y alumbra la escena un farol.

ESCENA PRIMERA

LEONARDO y OFICIALES

Música.

CORO En tanto que la guerra
nos deje descansar,
tranquilos disfrutemos
los goces de la paz.
En alto, pues, las copas
que convidando están,
y el vino y los licores
alegres apurad.

¡Leonardo, fuera pena!

LEON. Dejadme por favor,
que tengo el alma llena
de angustia y de dolor.

CORO — Razón de más
para beber,
que en el fondo del vaso
se encuentra el placer.

LEON. — Quien no es feliz
no ha de beber,
que en el fondo del vaso
no encuentra el placer.

CORO — ¡A beber! ¡a beber! *(Le obligan a que beba.)*

LEON. — Un tiempo yo
que era dueño soñé
de una ninfa ideal
que al alma dió
el consuelo y la fe
de un amor celestial.
Al despertar,
la ventura de ayer
para siempre voló;
sólo pesar
el mentido placer
como huella dejó.

Así el alma mía
no puede gozar
y toda alegría
se trueca en pesar.
La dicha y la calma
no vuelve el licor,
que toda mi alma
la inunda el dolor.

CORO — La dicha y la calma
te vuelva el licor,
y arroja del alma
tan fiero dolor.

LEON. — Por siempre aquí
el recuerdo de amor
sólo puedo aguardar,
ya no hay en mí
más que pena y dolor;
mi destino es llorar.

Dicha de ayer
pasajera y fugaz,
halagüeña ilusión,
no has de volver,
y robaste la paz
de mi fiel corazón.

Así el alma mía, etc.

CORO — La dicha y la calma
te vuelva el licor, etc.

Hablado.

OFIC. 1.º — Ea, bebed, capitán, bebed y animaos. Desechad esa melancolía que os devora y pensad sólo en que sois joven y en que tenéis delante un porvenir glorioso.

OFIC. 2.º — Y más ahora que la guerra parece próxima a encenderse.

OFIC. 1.º — En efecto; las noticias que han llegado de la Corte no pueden ser más alarmantes. Se espera de un momento a otro la muerte del rey.

LEON. — ¿Y quién ceñirá al cabo la corona de España?

OFIC. 1.º — El duque de Anjou: todas las influencias cortesanas están en favor suyo.

LEON. — ¡Dios lo haga!

OFIC 1.º — Poco partidarios sois, por lo visto, de los Austrias.

LEON. — Con ellos seguiría imperando en nuestra patria la Inquisición, y el nieto de Luis XIV viene de una tierra donde no se ha implantado ese tribunal odioso.

OFIC. 3.º — ¡Tanto aborrecéis al Santo Oficio!

LEON. — Un mandato suyo desvaneció mis sueños de ventura, arrebatándome la mujer que era todo mi encanto.

OFIC. 1.º — ¿Luego es cierto lo que dicen de vuestros amores con una hechicera?

LEON. — Así lo juzgaron la superstición y la ignorancia, hoy por desdicha tan arraigadas en nuestro pueblo.

OFIC. 1.º — ¿Es decir, que no era tal bruja?

LEON. — No era sino un ángel de bondad. *(Levantándose.)* Murió en la emigración su padre, el conde de Acevedo, desterrado por conspirar contra el despótico poder de María Ana de Austria, y al en-

contrarse sola en país extraño, sintió el deseo de volver a su patria. Un abandonado castillo de su padre la sirvió de albergue. Rodeóse de misterio para evitar el ser conocida, sembró desde allí el bien por toda la comarca, fué la providencia de los desgraciados; pero la Inquisición juzgó hechicerías sus bondades, y se apoderó de ella para imponerla el castigo.

OFIC. 1.º ¿Y la han condenado?

LEON. A reclusión perpetua. No encontrando causa bastante para pena más dura, el Santo Oficio la ha encerrado en un claustro, obligándola a que profese para probar su fe cristiana.

OFIC. 2.º Ahora me explico vuestros paseos nocturnos junto a las tapias del convento vecino. ¿Está allí?

LEON. Allí está.

OFIC. 1.º ¿Y os resignáis con vuestra desgracia?

LEON. No, por Dios.

OFIC. 2.º ¿Qué proyecto tenéis?

LEON. Antes de que sus votos hagan imposible nuestra unión, procuraré salvarla.

OFIC. 1.º Si para algo podemos serviros, contad con nosotros.

LEON. Gracias, compañeros. Tengo mi plan y pronto espero realizarlo.

UN SOLD. *(Por la puerta izquierda.)* Mi capitán, dos mujeres desean hablaros.

LEON. ¡Ah, por fin! Hazlas pasar *(A los oficiales.)* Os ruego que me dejéis solo.

OFIC. 1.º Con Dios quedad, y no olvidéis nuestro ofrecimiento.

LEON. Gracias, compañeros, gracias. *(Vanse por la derecha.)*

ESCENA II

LEONARDO, MAGDALENA y ROSALÍA

LEON. Veremos si por fin salgo de esta angustiosa incertidumbre. Pasad, pasad pronto. *(Yendo a la puerta de la izquierda.)*

MAG. ¿Estamos solos?

LEON. Sí. Podéis hablar. ¿Venís del convento? ¿La habéis visto? ¿Leyó mi carta?

MAG. Calma, hijo, calma. Déjanos siquiera respirar.

ROS. Venimos del convento, pero no hemos podido verla.

LEON. ¿Y a la Superiora?

MAG. Tampoco.

LEON. Entonces...

MAG. Hemos quedado en volver.

ROS. Y la suerte nos favorece.

LEON. ¿Cómo?

ROS. ¿Sabes quién es el sacristán de las monjas?

LEON. ¿Yo? no.

MAG. Pues como nosotros le conoces. Ambrosio, el sobrino de los Camuños.

LEON. ¡Ambrosio!

MAG. El mismo. Ya recordarás que su familia fué en el pueblo una de las más protegidas por la bruja.

LEON. No la llaméis así.

MAG. Tienes razón; por nuestra bienhechora, por Blanca. Pues bien; Ambrosio nos ha prometido que hoy mismo veremos a la Superiora. Con él se ha quedado Tomillo para convencerle de que nos ayude.

ROS. Y Ambrosio nos ha contado todo lo que pasa en el convento.

LEON. ¿Qué pasa?

MAG. La comunidad está aterrada.

ROS. Y las educandas muertas de miedo.

MAG. Desde que Blanca entró allí, como todas la tienen en opinión de bruja, huyen de ella espantadas, y no hay quien se acerque siquiera a la celda que ocupa.

ROS. Cuentan cosas horribles.

MAG. Por las noches aseguran que se oye ruido de cadenas.

ROS. Que la campana suena sin que nadie la toque.

MAG. Que andan por el claustro fantasmas y duendes.

ROS. Y que de la celda de Blanca, han visto salir llamaradas rojizas.

MAG. Y que huele a azufre.

LEON. ¡Cuánto fanatismo!

MAG. De todo lo cual sacan en limpio, y lo creen a ojos cerrados, que la infeliz Blanca tiene los diablos en el cuerpo.

ROS. Y hasta que se los saquen, no le permiten que se ponga el hábito de novicia.

LEON. Pero, ¡piensan acaso!...

MAG. ¡Ya lo creo! Tienen avisado a un fraile, que, según dicen, es un prodigio para esas cosas, y que no ha ido ya porque anda muy ocupado sacando demonios por esos pueblos de Dios.

LEON. ¡Cuánta ignorancia! Pero no importa, felizmente esa ceguedad viene en nuestro auxilio. No lo dudéis: Blanca será mía.

MAG. ¡Quiéralo Dios!

LEON. La superstición la ha perdido, la superstición la salvará.

MAG. *(Bajando la voz.)* Si antes no nos perdemos todos.

LEON. ¿Por qué?

MAG. Yo no he vacilado en atender a tu súplica y en venir a la ciudad para ayudarte; pero cree que no las tengo todas conmigo. Si la Inquisición se entera de lo que tramamos, sabe Dios lo que será de nosotros.

LEON. No temáis nada: el golpe ha de ser decisivo y yo os aseguro que no hay para vosotros el menor peligro.

ROS. De todas maneras, puedes agradecer lo que estamos haciendo. Bien es verdad que ella se lo merece todo.

MAG. Ella... y éste, a quien he criado a mis pechos. ¡Nunca creí que de aquel arrapiezo saliera un día nada menos que un capitán de los tercios españoles!

LEON. ¡Mi cariñosa Magdalena! *(Abrazándola.)*

ESCENA III

DICHOS, UN SOLDADO

SOLD. Mi capitán.

LEON. ¿Qué hay?

SOLD. Un padre franciscano desea veros.

LEON. ¡A mí! *(Aparte a Magdalena.)* ¡Dios mío! ¿Habrán descubierto algo?

MAG. (El señor nos proteja.)

ROS. (El cielo nos ampare.)

LEON. Hacedle entrar.

SOLD. Pasad, venerable padre. *(Vase.)*

ESCENA IV

DICHOS, TOMILLO, de fraile franciscano. Cuando se va el soldado, bájase la capucha.

TOM. *(Volviéndose de pronto hacia los que están en la escena.)* ¡Padre, sí... pero venerable, no!

LEON. ¡Tomillo!

MAG. ¡El!

ROS. ¡Tú!

TOM. ¡Silencio!

MAG. Pero ¿qué significa?

TOM. ¿Qué significa? Pues significa que éste es el único medio de entrar en el convento como Pedro por su casa.

ROS. ¿Eh?

MAG ¿Cómo?

TOM. Entre Ambrosio y yo lo hemos arreglado todo. Lo que no se le ocurre a un sacristán, no se le ocurre a nadie. Ya ha subido al convento a anunciar a la Superiora mi próxima llegada.

LEON. Pero...

TOM. ¿No están esperando a un fraile para que a la pobre Blanca le saque los diablos del cuerpo? Pues para diabluras aquí estoy yo. Hablaré con ella, le entregaré tu carta y sabrá lo que tenemos proyectado para salvarla.

LEON. Nunca te creí tan atrevido.

TOM. Cuando llega el caso me atrevo a todo. *(Leonardo y Magdalena hablan aparte.)*

ROS. *(Con tristeza.)* ¡Ay, Tomillo! Me pareces un fraile de verdad.

TOM. Todos pueden decir eso menos tú.

ROS. Tienes razón.

TOM. Pero que lo parezco es indudable. Por esas calles he venido echando bendiciones a diestro y siniestro, aunque supongo que no habrá aprovechado ninguna. Y... mira. *(Enseñándole un escudo.)*

ROS. ¿Qué?

TOM. Un escudo. Ahí cerca me lo ha dado una dama para que diga una misa por el alma de su difunto. "Id con Dios, señora, le dije, que ya os lo dirán de misas."

ROS. Pero, hombre...

TOM. El señor Cura del pueblo se encargará de sacar ese ánima del purgatorio. Mañana mismo le haré entrega de esta limosna. *(A Leonardo, que ha estado hablando con Magdalena en voz baja.)* Porque supongo que para mañana ya estaremos allá.

LEON. ¿Dónde?

TOM. En el pueblo.

LEON. Lo espero así.

ROS. ¡Quiéralo Dios! Dos días ha que estamos en Pamplona y me parece que estoy separada de mis hijos hace ya un año.

TOM. Y a mí un siglo.

ROS. ¿Te acuerdas mucho de Leonardo?

TOM. ¿Y de Tomasín?

ROS. ¿Y de Periquillo?

TOM. ¡Hijos de mi corazón!

ROS. ¡Hijos de mi alma! Los quieres mucho, ¿verdad?

TOM. Tanto como a tí, ¡cara de cielo! ¡Boquita de claveles, pichona mía! Y basta, que estos requiebros no sientan bien con estos hábitos. *(Redoble interior de tambores.)*

MAG. *(Que ha seguido hablando bajo con Leonardo.)* ¿Qué es eso?

LEON. Los golpes para la retreta. Vosotras no podéis permanecer por más tiempo en la ciudadela. Salid y esperad a Tomillo. Tú, ven conmigo a mi pabellón; tengo que hablarte.

MAG. Adiós, Leonardo. Confía en nosotros.

TOM. Adiós.

ROS. Hasta después.

TOM. Hasta luego. *(Vanse por la izquierda Magdalena y Rosalía. Esta se vuelve desde la puerta a mirar a Tomillo que le tira un beso, cambiando luego de actitud al ver a los soldados que salen y a los que echa la bendición. Vase con Leonardo por la derecha.)*

ESCENA V

Retreta interior. Aparecen por la izquierda los Arcabuceros sin armas, que se forman en ala frente al público.

Música.

CORO
Retírase el soldado
al toque de retreta,

que dan sonoro al viento
el parche y la corneta.
Ya suenan por aquí;
llamándonos están;
tararí-tararí,
rataplán-plán, rata-plán.

La negra noche
con misterio y placidez
del tierno amante
protectora siempre fué;
que amor prefiere
a la luz la oscuridad,
porque entre sombras
se consigue mucho más.

Unos cantan la copla; otros acompañan con el rataplán.

Todo enamorado,
menos el soldado,
logra por la noche
realizar su plan,
pues cuando él ya lista
tiene su conquista,
fuerte y despiadado
suena el rata-plán.

Todos

Rataplán, plán, plán,
rata-plán.

Al cuartel, al cuartel,
que llamando están;
rata-plán.
quedan *ella* y *él*
con el mismo afán.
Rata-plán.

El dulce beso
que una boca nos negó
por ser pedido
a la clara luz del sol,

Como antes.

al fin lo alcanza
el que fué menos audaz,
si le protege
misteriosa oscuridad.
Pero si el soldado
no es bastante osado,

y de día toma
lo que no le dan,
fácil es que luego
no aproveche el fuego
y él encienda el horno
y otro coma el pan.

TODOS Rataplán, plán, plán,
Rata-plán.

Al cuartel, al cuartel,
que llamando están,
rata-plán;
si ella me es infiel
ya me vengarán.
Rata-plán.

(Entran por la izquierda y cruzan la escena, marchándose por la derecha, sin detenerse, los tambores y cornetas, tras de los cuales vanse los soldados.)

MUTACION

CUADRO QUINTO

Claustro alto en un convento de monjas. A la derecha las celdas: de la primera se ve el interior. A la izquierda puerta grande. Partiendo desde el segundo término, y formando escuadra desde la izquierda al foro, los arcos, por los cuales se ven las copas de los árboles del patio. Al fondo, izquierda, el campanario con una ventana grande. Al fondo, derecha, la prolongación del claustro con entrada hacia el campanario y otra en dirección contraria. Es de noche. Una lámpara alumbra el claustro y una lamparilla la celda primera.

ESCENA VI

Oyese órgano interior. La SUPERIORA, que sale por la izquierda. entra en la primera celda, después de santiguarse, y luego en el interior de la misma. A poco salen por la izquierda las MONJAS profesas, seguidas de las EDUCANDAS. Aquéllas vanse por el foro derecha, y éstas quedan en escena junto a la puerta izquierda.

Música.

PROF. *Et ne nos inducas intentationem.*

EDUC. *Sed liberanos a malo.*

TODAS *¡Amén!*

(Las profesas, al pasar por delante de la primera celda, hacen la señal de la cruz, atemorizadas.)

EDUC.
¡Ay, qué miedo me da
el pasar por ahí;
si la bruja estará
acechándome a mí!
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
Al mirar esa celda
hagamos la cruz.

La madre tornera,
que es poco miedosa,
anoche a este claustro
ya tarde salió,
y allí en la escalera
que va al campanario,
un duende y tres brujas
bailando encontró.
Y cuando al verlas
se santiguó,
por los aires huyeron...
y se acabó.

Yo no he visto nada
mas tengo tal susto,
que suelo las noches
en vela pasar,
y observo en la sombra
mil luces extrañas
y ruidos cercanos
escucho sonar.
Y hasta que el alba
veo asomar,
¡ay de mí! no me puedo
tranquilizar.
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!
¡Al mirar a esa celda,
hagamos la cruz!

Hablado.

ANA — Yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

INÉS — Yo he escrito a mi señor padre para que cuanto antes venga a sacarme del convento.

ANA — Desde que llegó esa mujer no hemos tenido un día de tranquilidad.

INÉS — Ni una noche de dormir con reposo.

CÁND. — Yo tengo unas pesadillas horribles.

ANA — Yo esta manaña, al ir al coro, noté por el claustro un olor como a grasa quemada. *(Las educandas se estremecen.)*

INÉS — Estarían friendo las tostadas para la madre superiora.

VAL. — Pues yo, la verdad, no estoy tan asustada como vosotras, y hasta me he atrevido a mirar por el agujero de la cerradura.

INÉS — ¡Ay, qué valor!

ANA — ¿Y qué has visto?

TODAS / CÁND. — ¿Qué has visto?

VAL. — Una joven muy linda y muy pálida, vestida de negro.

CÁND. — ¿Y qué hacía?

VAL. — Lloraba.

INÉS — ¡Pobrecita!

VAL. — ¿Queréis verla?

CÁND. — Yo no me atrevo.

ANA — Ni yo.

INÉS — Además, nos está prohibido acercarnos a esa celda.

VAL. — No tiene para que saberlo la madre superiora.

INÉS — ¿Dónde está?

CÁND. — En la iglesia creo que se quedó rezando.

INÉS — Entonces...

VAL. — ¿Os atrevéis?

VARIAS — Vamos.

ESCENA VII

DICHAS. La SUPERIORA que sale a la celda y se supone que habla con Blanca desde la puerta del dormitorio.

SUP. — Rezad con fervor, hija mía. Pronto os devolverán la salud al cuerpo y la paz al espíritu. *(Las*

educandas se han acercado a la puerta. La Superiora llega hasta allí, y de espaldas a la puerta, se santigua repetidas veces.)

CÁND. ¡Ay, yo no me atrevo!

INÉS Pues yo sí. *(Mirando por la cerradura.)*

VARIAS ¿Ves algo?

INÉS Sí, veo.

TODAS ¿Qué?

INÉS Una cosa muy negra. Parece que se mueve. *(La Superiora abre la puerta.)*

TODAS *(Retrocediendo)* ¡Ay! *(Gritando con terror.)*

SUP. ¡Ay!

INÉS, CÁND., VAL. ¡La madre superiora!

SUP. ¡Ay! (¡Qué susto me han dado!) ¿Qué hacéis aquí, niñas?

VAL. Nosotras...

SUP. ¿No os tengo prohibido terminantemente acercaros a esa celda. *(Cierra la puerta.)* La curiosidad es la madre del sobresalto, como dijo San Crisóstomo. Y no curiosidad, sino lástima, debiera inspiraros esa pobre joven, víctima de los espíritus malignos que se han posesionado de ella.

INÉS Y decid, madre, ¿eso no tendrá remedio?

SUP. Sí, hijas mías; esta misma noche llegará el padre exorcizador, y en cuanto la haya purificado y huyan los malos de su cuerpo, volverá a esta santa casa la tranquilidad que tanto necesitamos.

INÉS ¿Y entonces podremos ver a esa infeliz?

SUP. Entonces, sí; pero antes de ninguna manera. Es preciso evitar el contagio. Yo misma no me atrevo a penetrar en ese recinto sin rociarme copiosamente de agua bendita. Tal vez por eso se me ha recrudecido el reuma. Vaya, pasad al refectorio, que ya es la hora de la colación.

VAL. Vamos a comer las espinacas.

VARIAS, INÉS Quedad con Dios, madre superiora.

SUP. Id con El, hijas mías. *(Vanse por el foro derecha.)*

ESCENA VIII

SUPERIORA

Están aterradas, lo comprendo. Yo misma no puedo vencer este miedo que me acobarda. Y cuando me veo sola, como ahora, en medio de estos claustros, ¡ay! se me pone la carne de gallina. Y esto es muy grave, sobre todo en días de abstinencia. *(Aldabonazo. Asustada.)* ¡Ay! ¿Quién será?

ESCENA IX

DICHA, MAGDALENA, ROSALIA y TOMILLO

MAG. *(Dentro.)* ¡Ave María Purísima!

SUP. Sin pecado concebida santísima. *(Abriendo la puerta.)*

MAG. ¿Se puede ver a la madre superiora?

SUP. Pasad. Yo soy.

MAG. Santas y buenas noches.

SUP. Santas y buenas.

ROS. Ave María.

SUP. *Gratia plena.*

TOM. *Ora pro nobis.*

SUP. ¿Qué deseais, hermanos?

MAG. Traemos una carta para vuestra maternidad.

SUP. Seais bien venidos.

MAG. Tomad, señora, y enteráos. *(Dándosela.)*

SUP. Aguardad un momento. *(Se dirige por el Claustro hasta colocarse bajo la lámpara.)*

TOM. *(Aparte a Rosalía.)* (Se la traga, vaya si se la traga.)

SUP. ¿Dónde tendré yo los espejuelos? ¡Ah! Aquí están.

ROS. *(Aparte a Magdalena y Tomillo.)* (Por lo que ha dicho Ambrosio, aquella debe ser la celda.) *(Señalando a la primera.)*

TOM. (Y por allí es la bajada al campanario.)

SUP. *(Leyendo con la voz muy gangosa a causa de lo que le oprimen la nariz los anteojos.)* Pax Christi, etc.

ROS.
MAG. } Amén.
TOM.

SUP. "Reverenda madre: Os ruego encarecidamente "que atendáis la petición de los dadores de es- "tas letras, personas de toda mi estimación y "dignas de que se les atienda. Viva mil años como "la deseo. El padre Celestino." Pues no sé quién es.

TOM. (Ni nosotros tampoco.)

SUP. ¿Con que venís de parte del padre... *(Volviéndo a mirar con disimulo a la firma.)* Celestino? ¿Y cómo está el buen padre? *(Acercándose a los otros personajes.)*

TOM. *(A Rosalía.)* (Ya se la tragó.)

MAG. Tan bueno.

TOM. ¡Y tan gordo!

SUP. (¿Gordo? Debe ser de los Jerónimos.) ¿Y en qué puedo serviros?

MAG. Pues, señora, esta hija que Dios me dió, desengañada del mundo y de sus pompas, desea entrar en este convento, aunque sea en clase de hermana lega.

SUP. Muy bien me parece, si es que tenéis verdadera vocación religiosa.

TOM. Sí, señora; esta siempre ha tenido vocación de madre.

SUP. Sólo en la paz del claustro puede encontrarse la tranquilidad del alma. El mundo está perdido.

TOM. Completamente perdido. No lo sabéis bien.

SUP. Sí, lo sé, hijo mío, sí lo sé. Del mundo vienen aquí buenos ejemplos de tal perdición. Sin ir más lejos, en esa celda hay una desdichada víctima de las sugestiones del demonio.

MAG. ¿En qué celda?

TOM. ¿En cuál?

SUP. En esa.

TOM. Bien decíamos nosotros.

SUP. ¿Qué es lo que decíais?

TOM. Pues decíamos... que el mundo está perdido, madre superiora.

MAG. Sí, eso decíamos. ¿Con que esa desgraciada?...

SUP. Felizmente poco tiempo le queda de sufrir.

TOM. *(Aparte a Rosalía.)* (¡Y tan poco!)

SUP. Muy poseída está de los malos espíritus, pero confío en el poder del padre exorcizador que debe llegar de un momento a otro.

TOM. *(Con la mayor naturalidad.)* Pues el exorcizador que venga a exorcizarla, buen exorcizador será.

ESCENA X

DICHOS y las EDUCANDAS

INÉS ¡Madre Superiora, Madre Superiora!
SUP. ¿Qué hay? ¿Qué pasa?
INÉS ¡Ah! ¡Hay gente! *(Deteniéndose al ver a Tomillo.)*
TOM. Gente de paz.
SUP. Decid lo que sucede.
INÉS Que por el claustro bajo hemos visto cruzar un fraile franciscano.
SUP. Será el que espero. *(Va hacia la puerta izquierda.)* Sí, ya sube la escalera. El debe ser. Niñas, recogimiento. ¡Que el cielo le ilumine!

ESCENA XI

LA SUPERIORA, TOMILO, MAGDALENA, ROSALIA y las EDUCANDAS. Después LEONARDO con hábito franciscano, cuya capucha le oculta el rostro por completo.

Música.

TODOS Aquí ya está el padre
exorcizador.
LEON. Paz y gloria a todos
dénos el Señor.
TODOS Sea bien venido;
pase por acá.
Dentro de esa celda
la endiablada está.
Entrad, entrad,
a ver si los malos
la podéis sacar.
LEON. *(A la Superiora que va a seguirle.)*
Aquí aguardad,
que a solas con ella
me habré de quedar.
SUP. Si queréis hisopo
con agua bendita...

TOM. *(Interponiéndose.)*
Dice que trae todo
lo que necesita.
Pase el buen hermano,
pase por ahí.
(¡Si esto se descubre
que va a ser de mí.)
(Entra Leonardo en la celda y cierra la puerta.)

TODOS / CORO
Entrad, entrad,
a ver si los malos
le podéis sacar.

ESCENA XII

DICHOS, y luego BLANCA que sale a la celda.

LEON. *(Que ha arrojado lejos de sí el hábito.)*
¡Blanca, mi Blanca!
BLANCA ¡Oh Dios! ¡Tú aquí!
LEON. Vengo a salvarte;
vengo por tí.
BLANCA Es imposible
ya nuestro amor.
LEON. No será en tanto
que viva yo.
TOM. Nada temamos,
que es de esperar
que el exorcismo
la salvará.
TODOS Nada temamos, etc.
BLANCA Nada, Leonardo,
puedes hacer.
De Dios la esposa
pronto he de ser.
LEON. Yo contra todos
tendré valor:
no hay imposibles
para el amor.

CORO Nada se oye.
TOM. Atisbaré. *(Acercándose a la celda.)*
MAG. / ROSA / CORO ¡Qué pasará, Dios mío!

TOM. Yo os lo diré. *(Mira por la cerradura.)*

LEON. Ven, que mi amor inmenso
guía y amparo
nos ha de dar;
mi corazón te espera,
que late henchido
con ansiedad.
Alma del alma mía,
prenda adorada,
bella ilusión;
ven, porque en ti tan sólo
tendrá consuelo
mi corazón.

BLANCA Lejos de ti, Leonardo,
juzgué la dicha
perdida ya;
mas hoy al lado tuyo
me inunda inmensa
felicidad.
Trueque piadoso el cielo
en dicha cierta
nuestra ilusión;
siempre doquier que vayas
irá contigo
mi corazón.

TOM.
ROSA
MAG. } *(Como acompañamiento del dúo, así como lo que canta el coro.)*
Buena, por Dios, la hacemos
si estos embrollos
nos salen mal;
quiera el Señor que al cabo
su dicha logren
en santa paz.
Si de tales embustes
llega a enterarse
la Inquisición,
no será gran milagro
que nos conviertan
en chicharrón.

CORO
SUP. } Quiera piadoso el cielo
dejar su alma
libre del mal;

pueda la sin ventura
gozar de eterna
felicidad.
Todos elevaremos
porque se salve,
santa oración;
sea nuestra plegaria
dulce consuelo
de su aflicción.

LEON. Ven que te espera
mi pecho amante.
TOM. *(Que ha mirado.)*
Ahora principia
lo interesante.
LEON. A tierra extraña
te llevaré.
¿Vendrás conmigo?
BLANCA *(Después de vacilar un momento.)*
¡Contigo iré!
LEON. Bendita seas,
bien de mi vida;
bendita el alma
que a tí va unida.
BLANCA / LEON. ¡Benditas fueron
mis ilusiones!
TOM. Ya le está echando *(Después de mirar.)*
las bendiciones.
LEON. / BLANCA Al fin mi dueño
te he de llamar:
tú eres mi sola
felicidad.

TODOS El es un santo;
no hay que dudar
que los demonios
le ha de sacar.

Hablado.

LEON. Nada temas, bien mío. Tu salvación es segura. *(Poniéndose el hábito.)*
BLANC. Mi felicidad depende de vosotros.

LEON. Está prevenida. Tres golpes dados junto a esta puerta serán la señal para que salgas.

SUP. *(En voz muy baja.)* No se oye nada.

INÉS *(Idem.)* Decid, hermano, ¿habéis visto salir algún demonio?

TOM. Unos cuantos, unos cuantos.
(Se santiguan.)

LEON. Adiós, Blanca.

TOM. Ahora va a salir el último.

SUP.
EDUC. } ¡Jesús!

BLANCA Adiós, Leonardo. En ti sólo confío.
(Se retira Blanca de la celda.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos BLANCA

TOM. *(Separándose de la puerta.)* Ya ha terminado.

SUP. Gracias a Dios.

LEON. Madre superiora, podéis estar tranquila. Esa infeliz está ya en el camino de la salvación.

SUP. Gracias, padre mío. A vos deberá su felicidad.

LEON. Así lo creo.

SUP. Y ahora, ¿qué necesitamos hacer con ella?

LEON. Dejarla a solas en su meditación. Que la paz sea con vosotros.

SUP. El Señor os acompañe.

TODAS ¡Id con Dios!

TOM. Adiós, padre.

MAG. (Adiós, hijo.)
(Aparte y bajo a Leonardo, que se va por la izquierda acompañado de la Superiora. Cesa la música.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos LEONARDO y SUPERIORA

INÉS ¡Ay, qué gusto! Esta noche podremos al cabo dormir tranquilamente.

CÁND. Es verdad.

TOM. ¡Al contrario!

VARIAS ¿Eh?

TOM. Por lo mismo que los demonios han salido de esa celda, es probable que anden sueltos por aquí.

TODAS *(Con terror.)* ¡Ay!

INÉS — Tiene razón.
VAL. — ¿Pero de veras los habéis visto?
TOM. — Ya lo creo.
INÉS — ¿Serían horribles?
TOM. — Muy horribles: azules, verdes, encarnados, de todos colores.
VARIAS — ¿Sí?
TOM. — Y con unos rabos... espantosos. *(Aparte a Magdalena, que le tira del capotillo para que no exagere.)* (Conviene asustarlas.)
MAG. — (Dices bien.) Ay, hijas mías; pues esto que ha pasado aquí no es nada, comparado con lo que ocurrió hace poco en un convento de Vitoria.
VARIAS — ¿Qué ocurrió?
MAG. — Un sábado por la noche a una pobre novicia se la llevaron...
INÉS — ¿Los demonios?
MAG. — No; las brujas.
VARIAS — ¡Ay qué horror!
TOM. — Por los aires desaparecieron.
ROS. — Y no se ha vuelto a saber de ella.
INÉS — El Señor nos libre.

ESCENA XV

DICHOS y SUPERIORA

SUP. — Vaya, vaya, es hora de recogerse. *(A Tomillo.)* Hermanos, bajad a la portería. El sacristán os dará alojamiento por esta noche. Mañana decidiremos acerca de vuestra pretensión. Basta que vengais recomendados por el padre... el padre...
TOM. — Celestino.
SUP. — Eso es, el padre Celestino... (Nada... que no sé quién es ese padre) para que yo haga por él todo lo que se merece.
MAG., ROS., TOM. — Gracias, señora.
SUP. — Podéis retiraros.
MAG. — ¡Hasta mañana!
TOM. — ¡Si Dios quiere! *(Con intención.)*
SUP. — ¡Buenas noches!
TODAS — ¡Buenas noches! *(Vanse.)*

ESCENA XVI

SUPERIORA y EDUCANDAS. La Superiora cierra la puerta de la izquierda.

INÉS ¡Cualquiera coge el sueño después de lo que hemos oído.

CÁND. Yo voy a soñar con las brujas.

ANA Y yo.

TODAS Y yo.

SUP. ¡Ea, niñas, a vuestras celdas! ¡Que el Angel de la Guarda os acompañe!

CÁND. ¡Falta nos hace compañía!

TODAS ¡Felices noches, madre Superiora. *(Van entrando de dos en dos.)*

SUP. ¡Hasta mañana, hijas mías, hasta mañana si Dios quiere! *(Después de mirar a todos lados.)* Nada, que en cuanto me veo sola me entra un miedo que no lo puedo remediar. *(Echa a correr y vase por el foro derecha.)*

ESCENA XVII

La escena sola. BLANCA, dentro.

Música.

BLANCA
Inquieto late el pecho mío
en esta horrible soledad.
¡Con cuanto afán que llegue ansío
la suspirada libertad!
¡Triste de mí, triste de mí!
Si a salvarme no vienen
yo muero aquí.
¡Triste de mí!

(Pausa larga. Sigue la música. De pronto suena un toque extraño en la campana de la torre. Abrense a un tiempo las puertas de las celdas de las Educandas y se asoman éstas, mirando con sorpresa y curiosidad.)

EDUC.
¡La campana ha sonado!
¿Qué pasará?

(Mirando hacia el campanario, en cuya ventana aparecen las tres brujas.)

¡Ay, Dios mío! *¡Las brujas!*
¡Ahí están ya!
(Cierran las puertas a un tiempo. De la precisión del movimiento depende el efecto absoluto.)

ESCENA XVIII

TOMILLO, ROSALIA y MAGDALENA, como tres reproducciones exactas de la figura de Blanca en el primer acto.

LOS TRES ¡Zahorá! ¡Zahorí!
¡Zahorí! ¡Zahorá!
(Desaparecen de la torre apareciendo en el extremo del claustro.)
Ya tres veces el gato maulló,
la lechuza tres veces cantó;
la veleta en la torre vecina
con sonido estridente rechina.
La campana la hora da,
callandito vamos ya. *(Avanzan un poco.)*
Una bruja encerrada está allí,
a buscarla venimos aquí:
con nosotros saldrá muy ligera
la endiablada y feroz compañera.
Esperándonos está,
callandito vamos ya. *(Avanzan más.)*

Hasta mí tienden el vuelo
la corneja y el mochuelo,
cuando viene de la noche
la siniestra oscuridad.
Ignoradas y dichosas
habitamos silenciosas
con murciélagos y buhos
en medrosa vecindad.

¡Ande la rueda;
(Cogiéndose de las manos y levantando los báculos.)
mi mano agarre;
suene ya el canto
del *aquelarre!*
¡Vuelve acá; torna allí! *(Danzando.)*
¡Zahorí, zahorá,
zahorá, zahorí!

¡Torna allí, vuelve acá!
Zahorí zahorá!

EDUC. *(Que entreabren las puertas, miran y se retiran espantadas.)*
¡Aún están ahí!
¡Qué miedo me da! *(Cierran a un tiempo.)*

ROS. / TOM. / MAG.
En furioso torbellino,
en revuelto remolino,
cabalgando sobre escobas
nos arrastra el huracán;
en la iglesia nos metemos,
el aceite nos bebemos
de la lámpara del santo
y lo paga el sacristán.

Ande la rueda, etc.

(Como antes y repitiéndose la danza y el mismo juego escénico. Se acercan a la celda de Blanca y dan tres golpes en el suelo con los báculos. Blanca, que saca largo manto negro, abre la puerta y al ver a las brujas se sorprende; pero al reconocer quiénes son se coloca entre ellas, que levantando los mantos la ocultan a la vista de las Educandas.)

Sal de tu lóbrega
fúnebre cámara,
la hora del sábado
pronto dará.
Al conciliábulo
juntas marchémonos
¡vámonos,
rápida
síguenos
ya!

(Marchando cómicamente al compás de la música.)

¡Síguenos,
vámonos
rápidas
ya! *(Vanse.)*

ESCENA XIX

Apenas desaparecen las brujas y BLANCA, salen de las celdas todas las EDUCANDAS. Luego la SUPERIORA y MONJAS

UNAS ¡Favor!
OTRAS ¡Socorro!
UNAS ¡Auxilio!
OTRAS ¡Madre superiora!
UNAS ¡Socorro!
OTRAS ¡Aquí!
SUP. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?
INÉS ¡Que se la han llevado!
SUP. ¿A quién?
CÁND. A ella.
SUP. ¡Jesús! ¡La celda vacía!
ANA ¡Se la han llevado las brujas!
SUP. ¡María Santísima!
INÉS Las hemos visto.
CÁND. Eran tres.
ANA ¡Y han bajado de la torre!
INÉS ¿No habéis oído las campanas?
SUP. Sí, he oído campanas, pero no sabía dónde.
VARIAS ¡Ay, madre superiora!
SUP. *(Temblando.)* ¡Valor, valor!—Es preciso hacer algo. Subir al campanario y tocar a rebato.
INÉS Llamaremos al sacristán.
CÁND. Eso es lo mejor. *(Yendo hacia la puerta izquierda.)* ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!
(Suena un cañonazo próximo.)
TODAS ¡Jesús!
SUP. ¡El cañón de la ciudadela! ¿Qué pasará? *(Otro cañonazo.)* Santa Bárbara bendita!...
TODAS Que en el cielo estás escrita... *(Otro.)*
SUP. Y van tres *(Oyese toque de tambores que se alejan.)* ¿Oís?
CÁND. ¡Tambores!
INÉS ¡Sí!
VAL. *(Que ha quedado cerca de la puerta.)* ¡Sube gente por la escalera! ¡Son soldados!
SUP. ¡Jesús! *(Retroceden todas.)* ¡Dios nos ampare!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, LEONARDO, TOMILLO y seis ARCABUCEROS con armas.

LEON. ¿La madre superiora?

SUP. Servidora vuestra. *(Temblando.)*

LEON. Nada temáis. El estampido de los cañones anuncia la muerte del rey Carlos II. Rogad a Dios por su alma y por la salud del nuevo rey Felipe V.

SUP. Pero, señor capitán, yo imploro vuestro auxilio. La reclusa que ocupaba esta celda acaba de desaparecer; la han robado las brujas.

TOM. Yo la he visto: ¡por los aires se la han llevado!

LEON. *(A Tomillo.)* Basta. *(A la Superiora.)* No temáis desde ahora a los duendes ni a las fantasmas. Mis arcabuceros aseguran la paz de este claustro. Con el rey hechizado, desaparecen de España la superstición y el fanatismo. Creedme, madre superiora; la reclusa que ocupaba esa celda será *la última bruja.*

SUP. ¡Así sea! *(Volviéndose hacia las educandas.)* Hijas mías, roguemos a Dios por el desgraciado monarca. *(Se arrodilla, como toda la comunidad y las educandas. Los arcabuceros presentan las armas. El Capitán se descubre. Tomillo se arrodilla. Empiezan a rezar el "Pater noster".—Cuadro.—Telón rápido.)*

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DRAMATICAS DE MIGUEL RAMOS CARRION

«Un sarao y una soirée» [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

«El figle enamorado», sainete original, música del mismo maestro.

«La mujer del prójimo», comedia en un acto y en verso, original.

«De Madrid a Biarritz» [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta. (Segunda edición.)

«Más vale tarde que nunca», proverbio original y en prosa, en un acto.

«Perro, 3, 3.º izquierda» [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

«¡Chitón!» [3]. Idem íd.

«Un palomino atontado», zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

«Un cuarto desalquilado», pasillo cómico, original y en verso.

«Se continuará», juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

«Esperanza», zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

«Las medias naranjas» [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

«Eva y Adán», juguete cómico, original y en verso.

«La hoja de parra», juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

«La gallina ciega», zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Cuarta edición.)

«Levantar muertos» [4], juguete cómico en dos actos y en prosa.

«El domador de fieras» [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

«Doce retratos seis reales», pasillo cómico, original y en verso. (Séptima edición.)

«León y Leona», entremés, en prosa, original.

«Cada loco con su tema», juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

«Los señoritos», comedia en tres actos, original y en prosa.

«Los señoritos», refundida en dos actos. (Tercera edición.)

«La viuda del zurrador» [5], parodia en un acto y en verso.

«La clave» [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

«La mamá política», comedia en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

«La Marsellesa», zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Séptima edición.)

«La careta verde», comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Cuarta edición.)

«El siglo que viene» [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

«El año sin juicio», revista cómica, original, en un acto.

«Los madriles», revista cómica, original, en dos actos. (Cuarta edición.)

«Los sobrinos del capitán Grant», novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Octava edición.)

«El empresario de Valdemorillo», revista cómica en dos actos, original.

«El diablo cojuelo», revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

«El noveno mandamiento», comedia en tres actos, original y en prosa. (Cuarta edición.)

«Las dos princesas», zarzuela en tres actos, arreglada del francés, con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

«Esto, lo otro y lo de más allá», revista cómica, original, en un acto.

«Periquito» [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

«La ocasión la pintan calva» [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Quinta edición.)

«¡Adiós, Madrid!» [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

«¡Adiós, Madrid!» [5], refundida en dos actos.

«De tiros largos», [5] juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto, en prosa. (Séptima edición.)

«La primera cura» [5], comedia en tres actos y en verso, original.

«La primera cura» [5], refundida en dos actos. (Segunda edición.)

«La calandria» [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

«El hijo de la nieve» [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)

«Robo en despoblado» [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Novena edición.)

«La tempestad», melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décimaquinta edición.)

«La mujer del sereno», comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

«La criatura», humorada cómica original, en un acto y en prosa. (Quinta edición.)

«La Almoneda del 3.º» [5], comedia en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

«Papeles son papeles...», proverbio en un acto, original y en prosa.

«Coro de señoras» [5], pasillo cómico-lírico, original en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

«Golondrina», comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

«El padrón municipal» [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Octava edición.)

«Los lobos marinos» [5], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

«La bruja», zarzuela en tres actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Séptima edición.)

«El señor gobernador» [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Octava edición.)

«El chaleco blanco», episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

«El rey que rabió» [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y en verso, música del maestro Chapí. (Undécima edición).

«El oso muerto» [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

«Zaragüeta» [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Décimocuarta edición.)

«El bigote rubio», comedia en un acto y en prosa, original. (Sexta edición.)

«Agua, azucarillos y aguardiente», pasillo veraniego, original, en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Quinta edición.)

«El espejo del alma», proverbio cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

«La muela del juicio», pasillo cómico, original y en prosa. (Sexta edición.)

«Circe», ópera en tres actos, música del maestro Chapí. (Sexta edición).

«Los lobos marinos» [5], zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

«Pasacalle» [6], sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo.)

«Defectos íntimos», paso cómico, original y en prosa.

«La crónica escandalosa», comedia en tres actos y en prosa, original.

«El pan nuestro de cada día», pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

«La joroba» [6], cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí.

«Pepe Botellas», zarzuela en dos actos, divididos en ocho cuadros, música de los maestros A. y C. Vives.

«Mi cara mitad», comedia en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

LIBROS

Teatro Moderno: «La Marsellesa», «La mamá política» y «Doce retratos, seis reales». Prólogo de D. Jacinto Octavio Picón.

«Colorín, colorao...», cuentos en prosa.—Un tomo de 332 páginas.

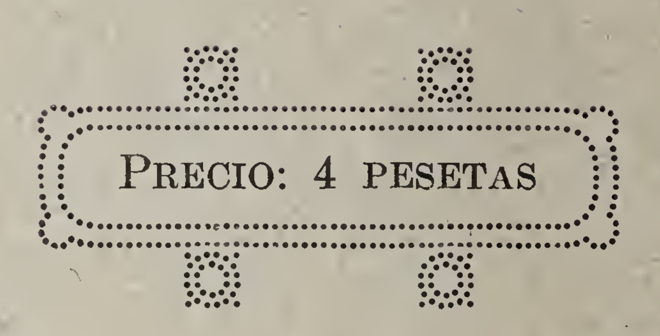
«Zarzamora», novela.

«La Reina de los Madgyares», narración cómica.—Edición de *El Cuento Semanal*.

«Prosa escogida», cuentos en prosa.—Prólogo de D. Jacinto Octavio Picón.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó.
2 En colaboración con el Sr. Coello.
3 En colaboración con el Sr. Campo-Arana.
4 En colaboración con el Sr. Blasco.
5 En colaboración con el Sr. Vital Aza.
6 En colaboración con el Sr. Ramos Martín (A.)


Precio: 4 pesetas